



Nota de esta edición

Edición digital de cortesía — 2026

Autor: Franco Alfredo Moyano Caram

Esta novela imagina una Argentina en la que fracasa el levantamiento de septiembre de 1955. El bombardeo de Plaza de Mayo de junio de ese año ocurrió en nuestra historia; los gobiernos, encuentros privados, decisiones y trayectorias posteriores dentro de la línea alternativa son ficción.

La tapa, la contratapa y las 29 ilustraciones capitulares proceden del PDF original. Según declaración expresa del autor, fueron creadas por él con asistencia de IA mediante un proceso propio de producción y revisión.

Contenido

Prólogo	El sur
Capítulo 1	El día que la historia cambió
Capítulo 2	Los mártires de Plaza de Mayo
Capítulo 3	El septiembre argentino
Capítulo 4	Los acuerdos de Georgetown
Capítulo 5	La última victoria de Perón
Capítulo 6	La retirada
Capítulo 7	El constructor
Capítulo 8	Las fábricas del futuro
Capítulo 9	La guerra fría argentina
Capítulo 10	El heredero
Capítulo 11	El petróleo negro
Capítulo 12	Balbín presidente
Capítulo 13	La sombra del sur
Capítulo 14	Veintitrés días de guerra
Capítulo 15	La paz de Punta Arenas
Capítulo 16	El último general
Capítulo 17	El ingeniero de Tucumán
Capítulo 18	El dios del fútbol
Capítulo 19	El padre del consenso
Capítulo 20	La Segunda República
Capítulo 21	El atentado
Capítulo 22	La presidenta incómoda
Capítulo 23	Conectar el siglo
Capítulo 24	Habemus Papam
Capítulo 25	Entre el dragón y el águila
Capítulo 26	El año en que el mundo se detuvo
Capítulo 27	La República digital
Capítulo 28	La elección del futuro
Capítulo 29	La República de Septiembre
Epílogo	
Historia, ficción y fuentes	
Fe de erratas de la contratapa original	

Prólogo — El sur

Canal Beagle, 18 de diciembre de 1978.

El mensaje llegó doblado en cuatro, húmedo por la mano que lo había llevado de una cubierta a otra. Julián Rivas tuvo que acercarlo a la luz roja de la sala para distinguir las cifras. Una demora de diecisiete minutos en el relevo de una patrulla chilena. Dos ecos donde el parte anterior había registrado uno. Ninguna orden de disparar.

—¿Eso es todo? —preguntó el suboficial Varela.

Julián volvió a leer. A sus diecinueve años todavía creía que una orden importante debía venir escrita con palabras importantes. «Mantener seguimiento. Informar variación de rumbo». Eso decía el papel. No decía qué hacer si la variación de rumbo llevaba aquella sombra hacia el *General Belgrano*.

—Eso es todo.

Varela le quitó el mensaje y salió hacia el puente. El barco crujió bajo una ola larga. Julián se sujetó del marco de la puerta. Tres días de guerra y aún no sabía si aquel temblor venía del mar o de su cuerpo.

Desde la madrugada del quince, nadie dormía más de lo que permitía el siguiente llamado. En los pasillos se hablaba de posiciones, de combustible, de una radio que había perdido contacto con un destacamento. Nadie hablaba de muertos salvo cuando había que anotarlos. El día anterior, Julián había escuchado a un oficial corregir un nombre en una lista. La segunda letra estaba equivocada. La madre del muchacho, pensó, reconocería la segunda letra.

En el comedor, un marinero de Corrientes guardaba bajo la camisa una fotografía de su hija recién nacida. Se la había mostrado a todos los que quisieron verla y a varios que no. Ahora la imagen permanecía doblada junto a su piel, como si así pudiera mantenerla a salvo de la humedad y de la guerra. Julián llevaba una carta de su madre en el bolsillo del abrigo. No la abría porque ya la sabía de memoria: el almacén había vuelto a fiarle, la vecina preguntaba por él, no contestara con valentías cuando bastaba con contestar que estaba vivo.

Al volver Varela, traía una orden nueva. Aumentar velocidad. Mantener silencio de radio. El eco se había desplazado hacia el oeste.

Julián miró el reloj. Durante un segundo absurdo imaginó que podía detener la aguja con un dedo.

En Buenos Aires eran casi las tres de la mañana. En la Casa Rosada, Ricardo Balbín tenía delante tres carpetas abiertas y un teléfono que todavía no había sonado. La primera carpeta contenía la evaluación naval. La segunda, los informes de la cancillería. La tercera era una comunicación de Washington que pedía tiempo sin decir cuánto podía concederse.

Su canciller entró sin golpear.

—Roma va a llamar otra vez.

—Que llame.

—Los comandantes quieren saber si mantenemos la instrucción.

Balbín señaló la carpeta naval. En la página que había leído dos veces, la expresión «riesgo aceptable» estaba subrayada con lápiz. Buscó debajo la definición de riesgo. No había ninguna. Los hombres que habían redactado el informe conocían los barcos, los vientos y los alcances de cada arma. Ninguno podía escribir el nombre de quien recibiría la noticia en una cocina al amanecer.

—La mantenemos hasta que tengamos algo mejor —dijo.

El canciller no se movió. Balbín levantó la vista. No era un pedido de coraje lo que había en el rostro del otro hombre; era una pregunta sobre cuánto tiempo podía gobernarse aplazando una decisión.

Seis meses antes, las mismas calles que ahora esperaban los comunicados de guerra habían celebrado a Mario Kempes. En los balcones quedaban banderas descoloridas. Una mujer que salía temprano a limpiar oficinas había visto partir a su hijo desde Constitución y esa mañana no había podido mirar una sola de aquellas banderas. A ella no le importaban las carpetas de Balbín. Le importaba que él leyera hasta el final la lista de bajas.

En San Vicente, Juan Domingo Perón también estaba despierto. La televisión hablaba de movimientos navales con mapas que parecían hechos para tranquilizar: flechas limpias, colores distintos, ninguna persona. Tenía ochenta y tres años y había dejado el poder mucho antes de que un joven como Julián aprendiera a leer. Sin embargo, cada vez que un periodista preguntaba qué significaba aquella guerra para la República, su nombre volvía a la conversación.

Perón apagó el aparato. Había sobrevivido a hombres que le pidieron irse y a otros que le suplicaron quedarse para siempre. Había aprendido que las dos súplicas podían sonar igual cuando detrás había armas. Miró la ventana oscura. Allí no se veía el sur. Allí apenas se veía su propio reflejo.

En el *Belgrano*, Julián recibió un tercer mensaje. El eco había desaparecido. Nadie explicó si había sido un error de radar, una maniobra de retirada o el comienzo de otra cosa. Varela se apoyó contra la mesa.

—Anotó la hora.

Julián anotó. El lápiz le tembló, y tuvo que trazar el ocho dos veces. Imaginó a su madre, Elena, leyendo un parte que todavía no existía. Ella había sido joven cuando los aviones bombardearon el centro de Buenos Aires. Le había contado la jornada muchas veces, aunque nunca exactamente de la misma manera. Una vez habló de los vidrios. Otra, de una camilla. La última vez, antes de que él subiera al tren hacia el sur, habló de un hombre que llegó al hospital sin saber el nombre de la mujer que llevaba en brazos.

—¿Y qué pasó con ella? —había preguntado Julián.

—Eso es lo que recuerdo —respondió Elena—. Que no lo sabíamos.

El barco siguió avanzando a oscuras. En el puente, los hombres esperaban una llamada que no llegaba. En Buenos Aires, Balbín esperaba otra. La guerra había empezado veintitrés años después del septiembre que dio nombre a la República. Julián no conocía todas las decisiones que habían unido una fecha con la otra. Conocía, por ahora, la forma de una letra corregida en una lista y el peso de un lápiz entre los dedos.

La primera historia que Elena le había contado comenzaba antes de la República. Comenzaba con una mañana fría de junio y con una plaza llena de gente que miró al cielo creyendo que los aviones venían a celebrar la bandera.



Ilustración original del proyecto autoral, creada con asistencia de IA (según declaración del autor).

Capítulo 1 — El día que la historia cambió

Buenos Aires, 16 de junio de 1955.

Elena Rivas discutió con su hermano antes de salir. Mateo había llegado de madrugada, todavía con olor a combustible en el abrigo, y encontró la mesa puesta para el desayuno. No tocó el café. Se quedó mirando el diario que Elena había abierto junto al pan.

—Hoy no vayas al centro —dijo.

—Tengo turno en el hospital.

—Pedí que te cambien.

Elena alzó la vista. Mateo trabajaba en la Marina y desde hacía semanas respondía cualquier pregunta con una prudencia que se le parecía demasiado al miedo. Ella no quería otro debate sobre Perón a esa hora. Ya habían agotado todos los argumentos posibles y seguían sentándose a la misma mesa porque su madre, muerta dos inviernos atrás, les había enseñado que uno podía poner dos platos aun cuando una conversación fuera imposible.

—Si sabés algo, decímelo.

—Sé que habrá una exhibición aérea. Habrá gente en la calle.

—Entonces voy a llegar tarde si espero el tranvía siguiente.

Mateo apretó la mandíbula. Elena vio que quería agregar algo, pero sólo apartó la taza. Cuando cerró la puerta detrás de él, dejó el café intacto.

A media mañana, el aire del Río de la Plata se había metido bajo el cuello del guardapolvo de Elena. Desde la parada vio hombres con portafolios, una madre que llevaba a su hijo de la mano, dos empleados discutiendo si los aviones pasarían por encima de la Casa Rosada. Nadie hablaba en voz baja. La ciudad había aprendido a discutir de política hasta en la fila del pan, pero esa mañana la palabra que más se oía era *bandera*.

Elena había prometido entregar unos papeles a una compañera antes de entrar al hospital. Tomó por una calle lateral. El ruido del primer motor llegó por detrás de los edificios y creció hasta obligarla a mirar arriba. Los aviones aparecieron sobre los techos con una precisión que, por un instante, le pareció hermosa. Alguien aplaudió. Una mujer señaló el cielo al niño.

La primera explosión no se pareció a ninguna de las cosas que Elena había imaginado que podía hacer un avión.

El suelo se movió. Un vidrio se abrió en mil piezas a su izquierda. Una ráfaga de polvo le llenó la boca. Había un hombre de rodillas junto a un poste, con las manos en la cabeza; al lado de él, una bolsa de naranjas se deshizo sobre la vereda. Elena no vio caer la segunda bomba. La sintió en el pecho.

—¡Al suelo! —gritó alguien.

Elena se cubrió bajo una entrada. Contó, sin proponérselo, los segundos entre el motor y el siguiente estruendo. Un segundo, dos. Después dejó de contar. La madre de la parada estaba contra la pared de enfrente, inclinada sobre el niño. Elena corrió hacia ellos cuando los motores se alejaron. El pequeño tenía un corte en la frente; estaba consciente y furioso porque la sangre le caía sobre un ojo.

—Mirame —le dijo—. No muevas la cabeza.

La mujer preguntó si era grave. Elena dijo que no sabía. Había aprendido en el hospital que una respuesta honesta podía asustar y que una mentira podía matar.

Una nueva oleada llegó antes de que terminaran de vendarlo. Esta vez el ruido de los motores no engañó a nadie. Elena y la madre arrastraron al chico bajo la arcada de un comercio. Un hombre entró detrás con una desconocida en brazos. Tenía la camisa salpicada de polvo y una manga oscura de sangre.

—¿Quién es? —preguntó Elena.

—No sé. Estaba junto al colectivo.

La acostaron sobre dos abrigos. Elena le buscó el pulso. La mujer abrió los ojos y dijo una palabra que Elena no alcanzó a entender. Acercó la oreja.

—Mi bolso.

El hombre fue a buscarlo y volvió con las manos vacías. La calle ya no era una calle: un vehículo atravesado, cables caídos, gente que corría de un lado a otro sin saber de qué huía. En dirección a la plaza se levantaba una columna de humo. Elena quiso pensar en su guardia, en las camas, en las cajas de vendas que sabía dónde encontrar. No sabía cómo llegar.

Los aviones regresaron. La mujer del abrigo le agarró la muñeca con una fuerza inesperada.

—No me deje.

—Estoy acá.

Lo dijo mientras pensaba en Mateo. En su consejo demasiado preciso. En los compañeros de trabajo cuyos nombres no conocía. Quiso odiarlo de inmediato y no pudo: odiar exigía una certeza que todavía no tenía.

Un policía y dos civiles improvisaron una camilla con una puerta arrancada. Elena los acompañó hasta un puesto de socorro. Las horas siguientes se le mezclaron en una secuencia de manos: manos que sujetaban gasas, que abrían paso, que buscaban nombres escritos en papeles húmedos. Había empleados públicos, soldados, transeúntes, gente que había ido a ver una ceremonia. A medida que llegaban, Elena dejaba de distinguir a quién habría votado cada uno.

Al atardecer, cuando la última oleada había pasado, el centro seguía sonando. Sirenas, radios, pasos apresurados sobre vidrio. En el hospital una enfermera mayor le dijo que habían atacado para matar a Perón y que el presidente no estaba en la Casa Rosada. Elena miró las camillas.

—Ellos sí estaban —respondió.

No había un número definitivo de muertos. Cada lista cambiaba antes de secarse la tinta. Una familia esperaba noticias de un hijo; otra preguntaba por una madre que había salido a hacer un trámite. La mujer del abrigo sobrevivió a la primera operación. Elena escribió su nombre cuando por fin pudo decirlo. No escribió el nombre del hombre que la había llevado porque él se había ido a buscar a otro herido y no regresó.

De noche, Mateo apareció en el pasillo. No llevaba uniforme. Tenía una raya negra junto a la oreja, como si hubiera apoyado la cabeza contra una máquina. Elena sostuvo la mirada de su hermano hasta que él bajó los ojos.

—Te pedí que no vinieras —dijo.

Ella quiso golpearlo. Quiso abrazarlo. Quiso saber qué había sabido y desde cuándo. En vez de todo eso le señaló la hilera de camillas que llegaba hasta el fondo del corredor.

—Empezá por decirme a quién puedo atender primero.

Mateo miró el pasillo. Se quitó el abrigo y ayudó a cargar una camilla. Trabajaron juntos hasta que volvió a amanecer. La pregunta quedó entre los dos, sin respuesta y sin posibilidad de olvidarla.



Ilustración original del proyecto autoral, creada con asistencia de IA (según declaración del autor).

Capítulo 2 — Los mártires de Plaza de Mayo

Buenos Aires, invierno de 1955.

En la puerta del hospital se formaban dos filas. Una era de personas que preguntaban por un nombre. La otra, de personas que venían a prestar declaración. Elena Rivas había visto a una madre pasar de una fila a la otra tres veces en la misma mañana. Buscaba a su hijo y llevaba bajo el brazo una carpeta con fotografías de la plaza. Nadie podía decirle si alguna de aquellas figuras tendidas en el pavimento era él.

Las listas crecían, se corregían, volvían a crecer. Cada cifra que la radio pronunciaba parecía definitiva hasta el boletín siguiente. En la sala de guardia había muertos sin identificar y vivos que no podían dar su nombre. Elena aprendió a preguntar por una cicatriz, por el color de un abrigo, por una costumbre tan pequeña como llevar el reloj en la muñeca derecha.

Una tarde llegó su hermano Mateo. No traía el uniforme ni las manos manchadas de grasa. Traía una citación.

—Quieren que declare —dijo.

—Entonces declarará.

—No estuve en los aviones.

—No te pregunté eso.

Mateo dejó el papel sobre la mesa. Conocía a dos hombres del taller que habían desaparecido el día del bombardeo y sabía que uno había preparado una aeronave. Había oído conversaciones, había visto órdenes cambiadas a última hora. Ninguna de esas cosas, por sí sola, le permitía nombrar a quien había decidido atacar la ciudad. Juntas le impedían decir que no sabía nada.

—Si doy los nombres, los van a fusilar.

Elena miró la citación. Pensó en el niño al que había vendado la frente, en la mujer del abrigo que todavía despertaba gritando al oír un motor. Después miró a Mateo.

—Vos no dictás la sentencia. Pero si callás, decidís quién puede buscar la verdad.

Él tuvo una expresión de alivio que duró apenas un instante: su hermana no lo había absuelto. Tampoco le había pedido venganza.

En la calle, la ciudad había empezado a construir una memoria antes de conocer por completo los hechos. Había retratos pegados en las vidrieras y flores frente a los edificios rotos. La Confederación General del Trabajo convocaba actos multitudinarios. Los diarios opositores condenaban el ataque con palabras que no los obligaban a reconciliarse con el gobierno. Los partidarios de Perón exigían que nadie confundiera una diferencia electoral con el derecho a arrojar bombas. Por unas semanas, la misma frase podía significar duelo, lealtad o una amenaza.

Elena acompañó a la madre de la carpeta a una oficina de identificación. Sobre el escritorio había una fotografía del colectivo alcanzado cerca de la plaza. Alguien había escrito detrás, con una seguridad que la imagen no podía sostener, que viajaban niños destinados a una ceremonia. La mujer observó la fotografía mucho tiempo.

—Mi hijo no iba en ese colectivo —dijo al fin.

Elena asintió. No intentó convertir la imagen en consuelo. Había niños entre los muertos y los heridos de la jornada; el destino preciso de cada vehículo exigía pruebas. La mujer necesitaba el nombre de su hijo, no una escena repetida tantas veces que hubiese adquirido la fuerza de una certeza.

En los tribunales, Mateo declaró lo que sabía y separó, a pedido del juez, lo que había visto de lo que había oído. Aquella distinción irritó a un funcionario que esperaba un relato sin zonas grises. El abogado de uno de los acusados quiso llevarlo al extremo contrario: si no había visto caer una bomba, nada de cuanto dijera serviría. Mateo respondió con fechas, lugares, turnos de servicio. No levantó la voz. Durante el receso salió al pasillo y se sentó en el suelo, como si sus piernas hubieran esperado hasta entonces para fallarle.

—Todavía podés decir que te equivocaste —le murmuró un antiguo compañero al pasar.

Mateo levantó la vista. El hombre se alejó antes de que pudiera responder. Lo que más lo perturbó no fue la insinuación, sino reconocer en ella una salida que él mismo había deseado.

Los procesos fueron rápidos. Hubo condenas de prisión y condenas perpetuas. A algunos de los responsables directos se les impuso la muerte. El gobierno presentó las sentencias como la prueba de que una democracia podía defenderse de quienes habían atacado a su población. Una parte del país las recibió como justicia; otra temió que la conmoción hubiese reducido el espacio para defenderse. Elena encontró ambas posiciones en una misma mesa del hospital.

—Si no hay una pena ejemplar, volverán —dijo un camillero que había perdido a su hermano.

—Una pena no vuelve inocente a quien la decide —respondió la enfermera mayor.

Ninguno de los dos hablaba desde la comodidad. Elena recordó que también ella había imaginado la muerte de los pilotos mientras limpiaba sangre de un piso. Le costó admitirlo: no porque el pensamiento la hiciera excepcional, sino porque la acercaba a todos los que pedían al Estado que sintiera exactamente lo mismo.

La ejecución pública se anunció como una lección de la República. Elena fue porque Mateo había dicho que quería ver a uno de los condenados, un hombre al que había tratado durante años. Lo encontró entre la multitud, lejos del lugar desde donde se distinguían los rostros. Alrededor de ellos unos sostenían fotografías de las víctimas; otros habían venido por curiosidad y procuraban no admitirlo.

—No tenías que venir —dijo Mateo.

—Vos tampoco.

No presenciaron el acto hasta el final. Cuando la multitud comenzó a moverse, Elena tomó a su hermano del brazo. Él no se resistió. Caminaron varias cuadras sin hablar. El ruido de los pasos les recordó, de una manera absurda, el pasillo del hospital la noche de las bombas.

Durante las semanas siguientes, Perón habló por radio de justicia y de la obligación de impedir que las armas sustituyeran a las urnas. Elena lo escuchó desde una cocina donde había nombres escritos en el margen de un diario. Algunas de sus palabras la acompañaron; otras le parecieron demasiado fáciles para un país que acababa de mirar una ejecución. También oyó que el gobierno ofrecía a los militares no implicados una vía para regresar a la legalidad y que buscaba reabrir conversaciones con sectores de la Iglesia. No sabía cuánto de aquel movimiento respondía a convicción y cuánto al miedo de una nueva conspiración.

Una noche, la madre de la carpeta volvió al hospital. Habían identificado a su hijo. Elena no le preguntó si la noticia traía alivio. La mujer abrió la carpeta y sacó una fotografía anterior al bombardeo: un muchacho con camisa clara, apoyado contra una bicicleta. Pidió que alguien escribiera bien su apellido en el registro.

Elena tomó una lapicera y lo copió letra por letra. Afuera, en una pared, alguien había pintado *Mártires de Plaza de Mayo*. No objetó el nombre. Sólo comprendió que, para esa madre, la primera forma de justicia seguía siendo más modesta y más difícil: que ninguna consigna borrara el nombre propio.



Ilustración original del proyecto autoral, creada con asistencia de IA (según declaración del autor).

Capítulo 3 — El septiembre argentino

Avellaneda, 18 de septiembre de 1955.

La primera señal fue la falta de trenes. En la mesa de entrada del hospital, Elena Rivas oyó a un hombre maldecir a los ferroviarios antes de que una radio anunciara que un grupo de oficiales rebeldes intentaba tomar los depósitos del sur. Se hablaba de cortes de vía y de soldados en las calles. La voz del locutor repetía que el gobierno seguía en funciones; después la transmisión se interrumpió.

Elena salió para buscar a Mateo. Desde junio él vivía bajo la sospecha de sus antiguos compañeros y bajo la suya. Había declarado ante un juez, pero la declaración no borraba los años compartidos con hombres que ahora podían estar en cualquier uniforme. La última vez que lo había visto dijo que trabajaría en los talleres, cerca de los depósitos.

En la esquina de la estación, un obrero con brazalete sindical organizaba a quienes llegaban. Se llamaba Raúl Ferrer. Había llevado llaves inglesas y esperaba recibir otra clase de herramientas de una unidad leal. Elena le preguntó por Mateo.

—Acá no hay tiempo para buscar a uno solo —dijo él.

—Entonces decime dónde van a poner a los heridos.

Raúl la miró de nuevo. Le indicó una escuela a dos cuadras y envió con ella a un muchacho que conocía las calles libres. Mientras avanzaban, Elena vio a vecinos cerrar persianas y a otros quedarse ante las puertas, como si la decisión de entrar a la casa pudiera convertirse en una renuncia política. Una anciana les ofreció agua. Nadie se la bebió.

Los combates empezaron cerca de los depósitos. Elena no podía seguirlos en un mapa. Conocía el frente por la dirección desde donde llegaban los hombres: primero uno con una herida en la mano, luego dos que sostenían a un soldado por las axilas, después un ferroviario que había salido ileso y no conseguía decir el nombre de quien caminaba a su lado una hora antes. En la escuela, una maestra apartó los pupitres. Una médica de barrio llegó con un bolso de instrumental. Cada puerta se volvió una pregunta: si todavía era posible pasar por allí, si venía alguien más.

Al anoecer apareció Raúl. Tenía polvo en el pelo y una sangre que no era suya en la manga.

—Retuvieron la estación —dijo—. Los rebeldes se repliegan.

—¿Mateo?

—No lo vi.

Elena se enfureció con él por esa respuesta honesta. La rabia duró lo que tardó en entrar otro herido.

Durante casi doce horas, fuerzas leales y trabajadores organizados sostuvieron los accesos al sur de Buenos Aires. Al final de la jornada, el intento de cortar la capital había fracasado. La radio dio cifras de muertos y heridos que al día siguiente corregiría. Elena escuchó el

resultado sentada en el suelo de la escuela, con las manos en un recipiente de agua ya oscura. Le costó entender qué había ganado una ciudad que había tenido que convertir un aula en puesto de socorro.

Mateo llegó de madrugada. Venía de otro sector de los talleres y traía un sobre de comunicaciones. Elena lo hizo sentarse aunque él aseguraba que no tenía lesiones.

—Pude haber ido con ellos —dijo cuando quedaron solos—. Hace seis meses habría dicho que defendían al país.

—¿Y ahora?

—Ahora sé lo que hacen cuando deciden que el país no somos nosotros.

Elena quiso creer que aquella frase lo separaba para siempre de los rebeldes. Había aprendido a desconfiar de la palabra *siempre*.

Las noticias de Córdoba llegaron mezcladas con mensajes de familiares. Un cuartel de comunicaciones había sido tomado por los sublevados. Un suboficial leal consiguió restablecer un enlace bajo fuego y permitió coordinar el contraataque. En los periódicos, la acción adquirió pronto una forma limpia: un hombre que corría, una línea que volvía a funcionar, la victoria al otro extremo. Mateo leyó la crónica con atención de mecánico.

—Si volvió la comunicación, hubo alguien que mantuvo los cables, alguien que llevó una batería y otro que recibió la señal —dijo.

—No lo escribieron.

—Entonces van a olvidarlos.

Elena miró el nombre del suboficial destacado. No quiso quitarle su coraje para repartirlo de manera más justa. Quiso que la historia pudiera recordar a más de una persona a la vez.

El levantamiento no terminó en Córdoba. A comienzos de octubre, las fuerzas rebeldes se concentraron cerca de Campo de Mayo y buscaron provocar nuevas adhesiones. San Miguel se convirtió durante tres días en el centro de una guerra que ninguno de los vecinos había pedido. Las columnas blindadas, la artillería y los voluntarios llegados de otras provincias hicieron de los caminos habituales un territorio desconocido. Elena no fue al frente. En el hospital de Buenos Aires recibió a un conscripto que preguntó, antes que por su propia pierna, si su madre podría encontrarlo allí.

—Voy a poner tu nombre en la lista —prometió.

La palabra *lista* volvió a pesarle como en junio. Había una para cada bando, otra para quienes no habían elegido ninguno, y otras incompletas en los hospitales de la zona. Cuando se confirmó la derrota rebelde, algunas familias salieron a festejar; otras continuaron esperando. El gobierno negoció rendiciones, detuvo a oficiales y buscó contener a las unidades que aún dudaban. La victoria militar no equivalía por sí misma a un acuerdo sobre lo ocurrido ni sobre el país que seguiría.

En noviembre, Mateo entregó el último informe que le habían pedido. Le ofrecieron un traslado. Podía dejar los talleres y empezar en una dependencia donde nadie conociera su apellido. Lo rechazó. No se lo contó a Elena como un gesto heroico: necesitaba el trabajo y también quería ver qué clase de institución quedaría después de que la rebelión fuese vencida.

En diciembre, cuando el gobierno anunció el fin de la insurrección, Elena fue con Raúl a la Plaza de Mayo. Perón habló desde el balcón de la defensa del voto y del sometimiento de los uniformes a la Constitución. Hubo una ovación que atravesó la plaza y pareció prolongarse en las calles laterales. Raúl la acompañó con las manos levantadas. Elena aplaudió también, aunque recordó al camillero de junio y las ejecuciones, la escuela de Avellaneda y el muchacho de San Miguel que quería ser encontrado.

—Terminó —dijo Raúl.

Elena observó los balcones, las banderas, los rostros de gente que había soportado meses de miedo. Sabía que había terminado una rebelión. No sabía si alguien podía prometer el final de todas las otras.

Al volver a casa encontró a Mateo arreglando la pata de una mesa que llevaba años floja. Había puesto un papel doblado bajo la madera hasta conseguir que se mantuviera en pie. Elena dejó el bolso y apoyó una mano en el borde. La mesa resistió. En la calle siguieron oyéndose bocinas y cantos; adentro, por primera vez desde junio, pudieron cenar sin tener que sujetar los platos.



Ilustración original del proyecto autoral, creada con asistencia de IA (según declaración del autor).

Capítulo 4 — Los acuerdos de Georgetown

Washington, comienzos de 1957.

La delegación argentina llegó con dos carpetas. La primera contenía fotografías del bombardeo y una cronología de la rebelión derrotada. La segunda reunía contratos de inversión, compras de maquinaria y proyecciones de comercio. El embajador pidió que las dejaran separadas.

—Si las mezclamos, parecerá que cobramos por nuestros muertos —dijo.

Tomás Arce, el funcionario más joven de la mesa, pensó que ya estaban mezcladas. Habían sido invitados a conversar porque el gobierno de Perón seguía en pie después de un golpe fallido y porque Washington necesitaba decidir qué hacer con esa supervivencia. Las fotografías le daban una autoridad moral que las cifras no podían comprar; las cifras ofrecían algo que la indignación, sola, no podía conseguir.

La primera reunión tuvo lugar en una casa de Georgetown. Ninguna de las partes la anunció. Los estadounidenses preguntaron por sindicatos, comunistas, mandos militares y puertos. Cada pregunta parecía contener otra: cuánto podía durar la estabilidad argentina si se la dejaba a su propio juicio. Los argentinos querían créditos, tecnología y mercados sin convertir la política exterior en una serie de permisos solicitados al norte.

—No buscamos una neutralidad que cierre los ojos —dijo el embajador—. Elegiremos posiciones. Queremos conservar el derecho a elegir las.

Del otro lado de la mesa, un asesor observó que ese derecho podía significar acuerdos con Moscú. Tomás respondió que comerciar no era aceptar una tutela. El asesor replicó que la frase era sencilla en una sala y menos sencilla cuando un gobierno debía decidir a quién entregaba información sobre grupos armados.

Tomás anotó la objeción. Había venido preparado para defender la Tercera Posición como una doctrina y descubrió que una doctrina no especificaba qué haría un policía ante una solicitud concreta, ni quién podría revisar después la decisión.

Esa noche escribió a Elena Rivas, una amiga de su hermana. Había conocido el hospital de Buenos Aires durante una visita de la comisión que documentaba a las víctimas y recordaba que ella lo había obligado a corregir un apellido en una lista. No le pidió una opinión sobre la geopolítica. Le preguntó si los documentos que habían llevado bastaban para explicar por qué el gobierno exigía que ningún país alentara otra insurrección.

Elena respondió dos semanas después. No sabía qué dirían las fotografías a los hombres de Washington, escribió. Sabía que ninguna conversación hecha en nombre de los muertos debía conceder a un servicio de inteligencia lo que un juez no podría controlar.

Tomás guardó la carta en la carpeta equivocada: la de los contratos. Le molestó descubrir que allí tenía sentido.

Las negociaciones continuaron durante semanas. La delegación argentina sostuvo que no habría bases extranjeras ni subordinación automática a una estrategia continental. Los estadounidenses querían garantías de que Buenos Aires no financiaría movimientos armados alineados con la Unión Soviética. En reuniones menos formales se habló de cooperación contra redes clandestinas y de la necesidad de no confundir vigilancia con persecución de una oposición legal. Esa última diferencia quedó más clara en la conversación que en cualquier papel.

El embajador pidió una fórmula escrita sobre el respeto al gobierno constitucional argentino. El asesor estadounidense señaló que un documento semejante requeriría procedimientos que sus superiores no habían autorizado. Tomás recordó los meses en que una parte de la prensa extranjera había pronosticado el derrumbe de Perón como si se tratara de una corrección natural. Quiso insistir. El embajador le hizo una seña para que esperara.

Al salir, caminaron bajo los árboles húmedos del barrio.

—Si no firman, pueden negar todo —dijo Tomás.

—Nosotros también —respondió el embajador—. Esa es la ventaja que ambos están comprando.

—Y el precio.

El hombre mayor no lo contradijo.

Llegaron a un entendimiento sin tratado. Washington dejó de considerar útil una aventura golpista contra Buenos Aires. Argentina ratificó su distancia de Moscú en materia estratégica y aceptó mantener canales de consulta sobre la violencia política regional. Ningún Congreso votó aquellas palabras; tampoco existió una fotografía de la firma, porque no hubo una firma que fotografiar. Los funcionarios que participaron salieron con memorandos propios, lo bastante similares para orientar acciones y lo bastante distintos para permitir futuras disputas.

Tomás regresó a Buenos Aires con la impresión de haber preservado un margen y de haber abierto una puerta cuyo ancho aún no podía medir. En el despacho de su superior, un mapa de América Latina ocupaba toda la pared. El embajador trazó con el dedo la ruta marítima hacia el Atlántico sur.

—¿Estamos más seguros? —preguntó Tomás.

—Hoy, probablemente.

—¿Y mañana?

—Para eso necesitamos instituciones que puedan discutir lo que hicimos aquí.

Tomás pensó en la falta de tratado, en los nombres que jamás aparecerían en un debate parlamentario. No se le escapó la contradicción. El embajador tampoco parecía ignorarla. Habían obtenido tiempo político para una república asediada y, al hacerlo, habían puesto una parte de su política exterior fuera de la vista de esa misma república.

Cuando se reunió otra vez con Elena, ella le preguntó por Mateo. Había conservado su puesto en los talleres navales; algunos compañeros evitaban trabajar con él desde que declaró. Tomás contó lo poco que podía contar de Washington. Ella no pidió secretos.

—Si la democracia sobrevivió porque mucha gente se negó a obedecer una orden —dijo—, tené cuidado cuando alguien te diga que ahora necesita órdenes que nadie pueda examinar.

Tomás no tuvo una réplica diplomática. Había visto en Georgetown el atractivo de la seguridad prometida por hombres que nunca serían responsables de sus efectos ante una familia argentina. También había visto el peligro de quedarse solo entre dos potencias que convertían a los países pequeños en piezas de un tablero.

Meses después, los periódicos comenzaron a hablar de los «acuerdos de Georgetown» sin poder citar un texto. Algunos los presentaron como una rendición, otros como una victoria de autonomía. Tomás leyó ambas versiones en el tranvía. Ninguna describía aquella mesa en la que todos habían cuidado cada palabra porque sabían que podía convertirse, años más tarde, en una orden.



Ilustración original del proyecto autoral, creada con asistencia de IA (según declaración del autor).

Capítulo 5 — La última victoria de Perón

Buenos Aires, 1958.

El dirigente gremial desplegó sobre la mesa una hoja llena de firmas. No pidió permiso para hacerlo: sabía que el presidente lo había recibido porque la propuesta ya circulaba en las fábricas.

—Podemos cambiar las reglas antes de que vuelva a presentarse la misma amenaza —dijo—. Una reforma. Usted seguirá mientras el pueblo lo elija.

Perón miró la lista sin tocarla. Reconoció apellidos de hombres que habían defendido los depósitos ferroviarios en septiembre, de delegados que habían perdido compañeros y que ahora imaginaban la continuidad presidencial como una garantía contra el regreso de los rebeldes.

—¿Y quién decide cuándo el pueblo deja de querer elegirme? —preguntó.

El dirigente sonrió, creyendo que la pregunta era retórica.

—El pueblo, naturalmente.

—Un partido que dependa de una sola candidatura aprende a confundir la crítica con la traición. Después deja de ver lo que ocurre fuera de sus actos.

La respuesta incomodó al visitante. Perón había ganado demasiado poder para que sus observaciones sobre los peligros del poder sonaran inocentes. El sindicalista se lo dijo.

—Entonces demuéstreme que puede entregarlo.

Cuando se quedó solo, Perón volvió a mirar la hoja. La había rechazado con una razón que consideraba verdadera y, aun así, sintió la pérdida de aquello que le ofrecían. Había sobrevivido a las bombas, a la rebelión y al juicio de gobiernos extranjeros. Una parte de él quería que esa supervivencia contara como un derecho adquirido. La otra entendía que precisamente allí empezaba el problema.

Elena Rivas oyó el rumor de la reforma en el hospital. Una compañera sostuvo que ninguna elección podía ser libre mientras los cuarteles mantuvieran la esperanza de volver. Otra preguntó si una democracia podía nacer de una victoria militar y luego suspender indefinidamente la posibilidad de perder. Elena pensó en Mateo, que seguía apartando la mirada cuando se mencionaba a un antiguo oficial.

—Votar de nuevo no va a curar lo de septiembre —dijo—. Pero tampoco lo va a curar impedir que alguien nos reemplace.

En la campaña de 1958, la oposición buscó un lenguaje que reconociera la condena al bombardeo sin aceptar que cualquier desacuerdo con el gobierno fuese una complicidad con él. Frondizi ganó espacio al hablar de industria, energía y desarrollo: asuntos que no exigían a los votantes elegir entre el culto a un vencedor y la amnesia sobre sus enemigos. No disponía

aún de una coalición capaz de derrotar a Perón, pero ofrecía una pregunta que la victoria de septiembre no había respondido: quién gobernaría después.

Perón recorrió el país. En los actos, las multitudes le devolvían las palabras que conocía desde hacía años. Él veía en los rostros una lealtad genuina y también una exigencia: que permaneciera para que los demás no tuvieran que acordar un sucesor. Cada vez que anunciaba que el siguiente mandato sería el último, algunos lo aplaudían como si hubiese prometido lo contrario.

El 23 de febrero llegó una victoria contundente. Raúl Ferrer, el ferroviario de Avellaneda, pasó la noche en la calle entre bocinas y banderas. Elena lo encontró en una esquina, con la voz gastada de tanto cantar.

—Ganó porque la gente confía en él —dijo Raúl.

—Entonces puede permitirse cumplir lo que prometió.

Raúl guardó silencio. Había pedido armas para defender una estación y firmado la hoja que reclamaba la reforma. Sabía que una parte de su orgullo estaba hecha de gratitud y otra de miedo.

—No sé si confío en los que vendrán —admitió.

—Él tampoco puede elegir por nosotros para siempre.

Los periódicos titularon que Perón iniciaba su último mandato. La frase tenía el tono de un hecho y la fragilidad de una intención. Nadie podía probar todavía que se retiraría. Tampoco podía acusarlo de no haber comenzado a preparar esa salida. En reuniones de partido, las discusiones sobre listas, sindicatos y gobernaciones se volvieron más ásperas: mientras el líder era candidato, muchas diferencias podían esperar. Sin esa promesa, cada sector tuvo que reconocer su propio apetito de mando.

Una mañana, Perón recibió un informe sobre un conflicto provincial. Dos funcionarios esperaban que señalara a cuál de ellos debía obedecer el partido. Escuchó los argumentos, detectó una manipulación en cada relato y pospuso la decisión para que la discutiera el órgano correspondiente. Los dos salieron descontentos.

El secretario le observó que habría sido más fácil resolverlo él mismo.

—Por eso vienen —respondió Perón.

No creyó que una renuncia futura pudiera borrar su predominio en el presente. Había designaciones que seguían dependiendo de una palabra suya, diarios que medían el tono de sus silencios y adversarios que desconfiaban de su promesa. La transición necesitaba algo más difícil que un discurso: aceptar decisiones que no habría tomado y derrotas que no podría corregir desde una oficina.

Ese invierno, Frondizi pronunció una conferencia sobre recursos energéticos. Elena leyó el resumen mientras esperaba el tranvía. No estaba de acuerdo con todo; le interesó que la

discusión fuera sobre instrumentos concretos y no sobre la fidelidad de un dirigente a otro. Guardó el recorte para mostrárselo a Raúl.

La noche en que Perón habló de la continuidad institucional por radio, Mateo ajustó el aparato para quitarle un zumbido. Escucharon juntos unos minutos. En la calle, alguien festejó cada frase. Mateo apagó el volumen al terminar.

—¿Le creés? —preguntó.

Elena tardó en responder.

—Voy a mirar lo que haga cuando llegue el momento.

La hoja de firmas que pedía su permanencia seguía en algún escritorio del partido. Perón no la había roto. Tal vez conservarla le recordaba la facilidad con que podía pedir más tiempo. Tal vez le recordaba que el país también tendría que aprender a no ofrecérselo.



Ilustración original del proyecto autoral, creada con asistencia de IA (según declaración del autor).

Capítulo 6 — La retirada

Buenos Aires, 1962.

Raúl Ferrer había llevado al sindicato una pregunta que nadie quería contestar: si Perón no sería candidato, ¿a quién apoyarían? Esperaba una discusión sobre programas. Encontró a dos dirigentes que todavía hablaban como si el presidente fuese a cambiar de parecer y a un tercero que proponía exigirle un nombre.

—No elegimos delegados para que nos digan cómo obedecer —dijo Raúl.

—Lo decís ahora —respondió uno de los hombres—. Cuando se cierre la fábrica por una mala decisión, vas a pedir que vuelva.

Raúl no tenía una garantía contra esa posibilidad. Había defendido la estación de Avellaneda bajo fuego y no deseaba regalar el gobierno a quienes entonces habían esperado que vencieran los sublevados. Pero había empezado a notar que cada argumento sobre seguridad terminaba por postergar una elección concreta.

Perón rechazó las últimas visitas que le pedían reconsiderar su decisión. No lo hizo desde una serenidad completa. En los informes que recibía había gobernadores capaces de conspirar entre sí antes que construir una candidatura y sindicalistas que veían a Frondizi como una amenaza al salario. Había también jóvenes que habían crecido con su fotografía en las escuelas y no recordaban una presidencia anterior. Retirarse no consistía en pronunciar la palabra *retiro*. Consistía en soportar que todos esos grupos actuaran sin pedirle permiso.

Durante la campaña intervino poco. El silencio se volvió una forma de influencia que le desagradaba y que, a veces, aprovechaba. Los periódicos interpretaban una visita, una demora, el orden en que estrechaba las manos. Cada partido calculaba qué parte del país obedecería una insinuación suya. Una mañana ordenó a su secretario que negara un supuesto respaldo a un candidato. El secretario preguntó si debía mencionar a Frondizi.

—No —dijo Perón—. Que discutan su programa sin mi sombra sobre cada línea.

Frondizi habló de petróleo, rutas e industria. Los adversarios le preguntaron cómo financiaría sus planes y qué cedería a las empresas extranjeras. En una universidad lo acusaron de prometer desarrollo con palabras demasiado amplias. Respondió con cifras que otro economista impugnó a la semana siguiente. A Elena Rivas le agradó ese desacuerdo visible más que las ovaciones unánimes: al menos obligaba a imaginar lo que pasaría después de votar.

El día de la elección fue con Mateo a la escuela de su barrio. En la vereda había antiguos militantes peronistas y vecinos que llevaban años esperando la oportunidad de elegir otra cosa. Nadie dejó de reconocerse. Mateo se quedó mirando el cuarto oscuro después de salir, como si le sorprendiera que hubiese podido entrar y salir sin rendir cuentas a un superior.

—¿Pensaste en votar lo mismo que yo? —preguntó Elena.

—No te voy a dar esa satisfacción.

Sonrieron. En 1955 esa broma habría terminado en una discusión.

La victoria de Frondizi se confirmó después de una noche de cálculos lentos. En el sindicato de Raúl hubo quienes pidieron impugnar provincias donde el margen era estrecho. Los apoderados revisaron actas y formularon las objeciones ordinarias. Cuando se agotaron, Raúl defendió el reconocimiento del resultado. Un compañero le recordó a los muertos de Avellaneda.

—Justamente por ellos —respondió—. No fuimos para que sólo valiera una urna cuando ganáramos nosotros.

No todos lo acompañaron. Algunos salieron de la sala antes de la votación interna. La transición sería pacífica, pero no unánime, y su dificultad no desaparecía porque un fotógrafo pudiera captar un apretón de manos.

El 12 de octubre de 1962, Elena aguardó entre la gente que quería ver el traspaso de mando. Una mujer a su lado llevaba una pequeña bandera doblada, sin agitarla. Había votado por Perón y decía que volvería a hacerlo si se presentara. Elena le preguntó qué esperaba de Frondizi.

—Que no me pida olvidar por quién voté —respondió.

Elena pensó que esa era una exigencia más severa que el entusiasmo.

Perón entregó el poder. Frondizi lo recibió. Hubo protocolo, cámaras y una multitud que no pensaba de la misma manera. Elena buscó en los rostros de los hombres una señal capaz de explicar lo que ocurría. No encontró ninguna. La ceremonia era poderosa precisamente porque no exigía adivinar sus emociones: había reglas, un resultado y personas dispuestas a cumplirlos ante todos.

Perón volvió a San Vicente. Durante las primeras noches pidió informes que ya no le correspondían y devolvió alguno sin abrir. Sus colaboradores seguían llamándolo *presidente*; no siempre los corregía. Cuando un periodista quiso obtener de él una frase solemne sobre la nostalgia, respondió hablando de amigos que había perdido y de otros a quienes esperaba visitar. La entrevista, publicada después, no calmó a quienes buscaban una doctrina para cada gesto suyo.

Raúl llevó al sindicato el primer proyecto de obras del nuevo gobierno. Había puntos que apoyaba y otros que le preocupaban. Los puso a consideración sin preguntar qué habría hecho Perón. Le sorprendió descubrir que la discusión se volvió más larga, más áspera y más suya.



Ilustración original del proyecto autoral, creada con asistencia de IA (según declaración del autor).

Capítulo 7 — El constructor

Córdoba, 1963.

La ingeniera Clara Villalba llevó al ministerio una muestra de suelo dentro de una bolsa de tela. El funcionario que la recibió esperaba un plano.

—También lo traje —dijo ella—. Pero el plano supone que la planta puede levantarse sobre este terreno. La muestra dice que todavía no lo sabemos.

Había llegado desde Córdoba para discutir una fábrica de componentes metálicos destinada a abastecer a otras industrias. Su equipo había calculado el costo de los edificios, el acceso ferroviario y la necesidad de energía. El terreno elegido aparecía en los mapas como una ventaja: próximo a una estación, barato, disponible. Clara había visitado el lugar después de una lluvia y encontrado agua donde el proyecto imaginaba cimientos.

El funcionario le pidió que ajustara el presupuesto sin demorar el anuncio. La decisión política, explicó, ya se había tomado. En el pasillo había periodistas.

—Si anunciamos una fecha falsa, la demora será más cara —respondió Clara.

Arturo Frondizi examinaba cada semana informes sobre acero, petróleo, caminos y universidades. El nuevo gobierno había heredado estabilidad política y necesitaba convertirla en capacidad productiva. No le bastaba con inaugurar edificios: las máquinas requerían energía, técnicos y compradores; una ruta sólo valía si alguien podía mantenerla. Sin embargo, cada requisito convertía el programa en una discusión sobre dinero y prioridades que no cabía en los discursos de campaña.

Clara regresó a Córdoba con una autorización para repetir los estudios. Raúl Ferrer, enviado por su sindicato para revisar las condiciones de transporte de la obra, la esperaba junto a los galpones ferroviarios.

—Nos dijeron que habrá trabajo en tres meses —comentó.

—Si empezamos a construir allí, quizá haya trabajo dos meses y después una grieta.

Raúl la acompañó a ver el terreno. No era experto en suelos, pero conocía los costos de las promesas tardías: cuando una obra se detenía, los obreros eran los primeros en enterarse y los últimos en recibir una explicación. Le preguntó si existía otro emplazamiento.

—Sí. Está más lejos de la vía. Tendrán que presupuestar un ramal corto.

—Eso cambia el contrato de transporte.

—Cambia un contrato que todavía no debería existir.

Raúl no la felicitó. Tenía que volver a una asamblea con una noticia que nadie celebraría.

En Buenos Aires, Frondizi recibió dos informes sobre el mismo asunto. Uno hablaba de una demora injustificada; el otro, firmado por Clara, explicaba que se necesitaba un nuevo estudio y un acceso ferroviario. Un asesor sostuvo que los sindicatos usarían la noticia para acusarlo

de improvisar. Otro advirtió que los inversores extranjeros podían perder interés. El presidente preguntó cuánto costaría reparar una planta mal construida. Nadie pudo contestar con una cifra confiable.

La autorización para cambiar el emplazamiento tardó más de lo que Clara consideró razonable. Cuando llegó, el presupuesto incluía un mecanismo de revisión técnica que ella no había pedido y que habría preferido tener desde el principio. Supo también que se había retirado financiación de una obra vial en otra provincia. Quiso creer que no era una elección entre dos regiones, pero el expediente mostraba exactamente eso.

Las primeras máquinas llegaron al año siguiente. Clara observó cómo un obrero desembalaba una pieza importada y buscaba en un manual la medida que su taller podía reproducir. Aquel gesto le pareció más importante que la placa preparada para la inauguración: producir localmente no nacería de decir que se producía localmente, sino de aprender a fabricar, mantener y corregir.

Una tarde, un empresario le explicó que los salarios debían moderarse hasta que la planta recuperara la inversión. Raúl, sentado enfrente, respondió que una fábrica sin trabajadores capaces de vivir cerca y llevar a sus hijos a la escuela tendría otros costos. Clara escuchó los dos cálculos. Ninguno le permitía ignorar al otro.

Fronidizi visitó Córdoba meses después. Vio la estructura ya levantada, hizo preguntas sobre el suministro eléctrico y evitó prometer una fecha de producción plena. La prensa buscaba una frase que resumiera el desarrollo nacional. Clara le mostró el nuevo plano, con las correcciones marcadas en rojo. El presidente se detuvo en una línea que indicaba la ruta del ramal.

—Esto no aparecía en la presentación inicial —observó.

—El terreno tampoco se comportó como en la presentación inicial.

Él sonrió apenas. Había descubierto que cada gran palabra de su programa —industria, energía, universidad— contenía decisiones pequeñas que podían arruinarla. El apodo de *constructor* empezaba a circular entre sus partidarios. Clara pensó que construir exigía aceptar, todos los días, que un plano podía estar equivocado.

Al salir, Raúl la acompañó hasta la estación. El tren volvió a retrasarse. En el andén, un aprendiz repasaba una libreta de dibujo técnico antes de entrar a su turno. Clara vio la mancha de grasa sobre una página y le preguntó qué pieza estudiaba. El muchacho respondió con precisión y después añadió que era el primero de su familia que había cruzado la puerta de una escuela técnica.

Cuando llegó el tren, Clara guardó la muestra de suelo que aún llevaba en el bolso. Ya no necesitaba enseñársela a nadie. La conservaba como recordatorio de la diferencia entre una obra anunciada y una obra capaz de sostener el peso de quienes trabajarían en ella.



Ilustración original del proyecto autoral, creada con asistencia de IA (según declaración del autor).

Capítulo 8 — Las fábricas del futuro

Córdoba, 1965.

La primera pieza que salió de la línea llevaba una marca junto al borde. Clara Villalba la sostuvo contra la luz. El jefe de producción dijo que podía corregirse a mano antes de la entrega. Raúl Ferrer, que visitaba la planta por una negociación ferroviaria, preguntó cuántas piezas se habían fabricado así.

—Ésta es la primera —respondió Clara—. Por eso la estamos mirando.

La fábrica que dos años antes sólo existía en planos comenzaba a producir componentes para maquinaria agrícola. A su alrededor había nacido un barrio de alquileres recientes y calles que aún terminaban en tierra. Llegaban aprendices de pueblos cercanos, técnicos de otras provincias, vendedores que prometían suministros a plazos y familias que calculaban si un sueldo nuevo compensaría abandonar una casa conocida.

Clara había querido aquella planta. Cuando se encendió el primer horno, sintió orgullo. Al salir vio a un niño toser frente a una vivienda situada donde los planos originales mostraban un espacio abierto. Al día siguiente pidió un informe sobre emisiones. Le dijeron que retrasaría la ampliación.

—La ampliación todavía no tiene habitantes —respondió—. El barrio sí.

En la asamblea, los trabajadores discutieron una propuesta salarial. El empresario que había pedido paciencia en 1963 alegó que la producción seguía en su fase inicial y que la energía costaba más de lo previsto. Raúl presentó las cuentas de las familias: alquiler, transporte, comida, una matrícula para quien estudiaba de noche. No dijo que la fábrica debiera cerrar para pagar más. Pidió que el riesgo de haber calculado mal no quedara entero en los mismos hogares.

Una obrera llamada Sara interrumpió.

—También tienen que hablar del horario —dijo—. Si salgo de noche, ya no hay colectivo.

Raúl admitió que no lo había incluido. La negociación cambió de forma. Un salario no bastaba para explicar qué se podía hacer con él.

En Buenos Aires, los periódicos anunciaban un país de grúas. La siderurgia se ampliaba, la industria automotriz contrataba, la actividad petrolera atraía inversiones y las universidades técnicas recibían más estudiantes. Los optimistas veían en cada obra la prueba de que la democracia podía producir algo además de elecciones. Los críticos preguntaban por la deuda, los precios y las concesiones hechas a empresas extranjeras. Ambas conversaciones llegaban a la planta de Clara con semanas de retraso y se volvían urgentes cuando se rompía una máquina importada cuya pieza de reemplazo debía cruzar el océano.

Clara reunió a dos técnicos y a Sara, que estudiaba dibujo industrial por las noches. Desarmaron el mecanismo averiado. El proveedor exigía comprar el conjunto completo. Ellos

podían fabricar una parte y necesitarían ayuda de un taller de Rosario para la otra. Ninguna de las dos opciones era enteramente nacional ni enteramente dependiente: una requería tiempo de aprendizaje, la otra divisas y espera.

—Si compramos el conjunto, volvemos a arrancar antes —dijo el jefe de producción.

—Y cuando vuelva a fallar, esperaremos otra vez —respondió Sara.

Eligieron reparar y documentar el procedimiento. Perdieron varios días de producción. En la reunión de dirección, un inversor preguntó por qué debía celebrar la demora. Clara le mostró el cuaderno donde Sara había dibujado la pieza y las modificaciones necesarias para la siguiente máquina.

—Esto es lo que compramos con esos días —dijo.

El hombre miró los dibujos sin comprometerse a nada. La decisión seguía abierta para la próxima avería.

Elena Rivas visitó Córdoba por un curso de enfermería. Raúl la llevó a conocer la planta y el barrio. Pasaron por una escuela vespertina donde los alumnos estudiaban después del turno y por un dispensario que atendía cada vez más consultas respiratorias. Raúl le preguntó si le parecía que el país había cambiado.

—Sí —dijo Elena—. Ahora hay que aprender a cuidarlo de los problemas nuevos.

No era una frase contra la fábrica. Su hijo, Julián, aún era pequeño, y ella quería que llegara a la edad adulta en una Argentina donde pudiera elegir un trabajo sin pedir permiso a un cuartel. Precisamente por eso no quería llamar progreso a todo lo que dejaba una chimenea detrás.

Clara fue con ellos hasta la estación. Desde el andén vio las luces de la planta y, más lejos, las casas levantadas demasiado cerca. El tren llegó cargado de insumos y con espacio apenas suficiente para los pasajeros. Raúl anotó el retraso en una libreta; Sara, que salía de clase, subió con su cuaderno bajo el brazo.

Al día siguiente, Clara rechazó el lote de piezas marcadas y autorizó ajustar la línea. El jefe de producción protestó por el costo. Ella señaló una medida en el plano y explicó que una pieza defectuosa podía detener una máquina agrícola en otra provincia, durante una cosecha. Aquel futuro industrial que los diarios narraban como una línea ascendente dependía, también, de la paciencia para no enviar al mundo una primera pieza sólo porque ya se había anunciado su nacimiento.



Ilustración original del proyecto autoral, creada con asistencia de IA (según declaración del autor).

Capítulo 9 — La guerra fría argentina

Buenos Aires, 1967.

El expediente tenía un panfleto, tres nombres escritos a máquina y un informe que describía una reunión sin identificar a quien la había escuchado. La jueza Alicia Montalvo separó las hojas sobre su escritorio. La nueva Ley de Defensa de la Democracia permitía investigar la organización de actos violentos. El funcionario de seguridad que había solicitado las detenciones pretendía que también bastara para encerrar a quienes habían discutido la posibilidad de una revolución en un aula universitaria.

—¿Dónde están las armas? —preguntó ella.

—Tenemos información reservada.

—Le pregunto por pruebas que pueda examinar el defensor.

—Si las exponemos, perderemos la fuente.

Alicia volvió a mirar el panfleto. Defendía una doctrina que ella rechazaba. No contenía una instrucción para atacar a nadie. Había conocido en 1955 a abogados que justificaban la rebelión en nombre de la libertad; no iba a necesitar simpatía por los acusados para recordar que una opinión y una conspiración eran cosas distintas.

El funcionario le habló de Cuba, del apoyo a grupos armados en el continente y del temor a que la Argentina se convirtiera en un refugio. Había razones para investigar redes de violencia; la jueza no las negaba. Lo que estaba en disputa era si el miedo permitía reemplazar la prueba por una categoría política.

—La ley puede ser amplia —dijo ella—. Mi firma no tiene por qué serlo.

Ordenó diligencias sobre las personas y los movimientos que el informe mencionaba, y rechazó la detención de los estudiantes fundada sólo en el panfleto. A la salida del tribunal la esperaba un periodista que quiso saber si protegía a revolucionarios. Alicia no contestó. Había dictado una resolución, no una declaración de amor por la gente investigada.

Frondizi recibió un resumen de la decisión junto con informes sobre la situación boliviana. Los servicios de seguridad proponían cooperación más estrecha con gobiernos vecinos y con Estados Unidos. El presidente recordaba el entendimiento de Georgetown: autonomía formal, consultas estratégicas, ninguna obligación escrita. Ahora se presentaban solicitudes específicas. Cada una podía aceptarse o rechazarse; juntas formarían una política.

En una reunión de gabinete, un ministro pidió que las universidades identificaran a los profesores «peligrosos». Otro defendió la distinción entre actividad académica y preparación de ataques. El primero respondió que la frontera no siempre sería visible antes de una bomba. Frondizi escuchó sin resolver la discusión con una consigna. Había sostenido el desarrollo de las universidades porque el país necesitaba investigar y disentir. Si las convertía en oficinas de denuncia, debilitaría aquello que decía proteger.

Mientras tanto, Clara Villalba recibía en la fábrica de Córdoba a dos inspectores que pedían datos sobre un aprendiz. Sara, la obrera que estudiaba dibujo industrial, los vio llevarse una lista de asistentes a una charla sobre economía. No sabía si el muchacho había hecho algo más que formular una pregunta incómoda. Tampoco sabía qué podía averiguar sin poner en peligro su trabajo.

—Si empieza por la lista de una clase, termina por la del turno —le dijo a Raúl Ferrer.

Raúl había respaldado la ley al oír hablar de grupos armados. Releyó el texto con ella. Encontró facultades que suponían controles judiciales y otras cuya redacción dejaba demasiado espacio al funcionario que las aplicara. Preparó una nota sindical: exigía investigar los actos de violencia, publicar cifras de detenciones y permitir que los defensores conocieran los cargos. Algunos delegados lo acusaron de ingenuo. Otros firmaron al recordar cuánto había costado, en 1955, que un militar no sustituyera la Constitución por su juicio privado.

En 1968 el gobierno decidió enviar a Bolivia asesores, equipos de inteligencia y apoyo logístico en la llamada Operación Yungas. No fue una invasión. Tampoco era una palabra inocente en un comunicado. Las preguntas sobre quién habría pedido la ayuda, cuál era su alcance y ante qué autoridad responderían los argentinos enviados no desaparecían porque el contingente fuera pequeño.

Tomás Arce, ya con más años en la diplomacia, revisó la nota destinada al Congreso. Le parecía que explicaba el objetivo militar y omitía el riesgo político. Sugirió precisar el límite temporal y la prohibición de intervenir en interrogatorios sin supervisión. Un colega lo acusó de escribir cláusulas para un escándalo que aún no existía.

—Las cláusulas se escriben antes —respondió Tomás.

La operación avanzó con una supervisión que a él le siguió pareciendo insuficiente. Las críticas de legisladores, docentes y periodistas no impidieron el despliegue, pero obligaron al gobierno a defenderlo en público. Las preguntas llegaban también desde familias de soldados que sólo conocían la palabra *asesor* y querían saber qué podía significar en una zona de combate.

Al terminar el mandato de Frondizi, las fábricas funcionaban y la elección siguiente parecía asegurada. Alicia Montalvo conservaba en su archivo una copia de la primera resolución que había dictado bajo la ley. El expediente posterior había aportado pruebas contra una persona y descartado cargos contra las otras dos. Pensó en lo fácil que habría sido llamar a los tres por el mismo nombre al comienzo. La estabilidad de la República había dependido de personas dispuestas a enfrentar armas. También dependía, descubrió, de quienes se negaban a llamar arma a cualquier idea que temieran.



Ilustración original del proyecto autoral, creada con asistencia de IA (según declaración del autor).

Capítulo 10 — El heredero

San Vicente, 1968.

Antonio Cafiero llegó con una carpeta que no abrió. Perón se dio cuenta y la señaló.

—Si vino a consultarme, consulte.

—Traje nombres para el gabinete.

—Entonces vino a pedirme que elija por usted.

Cafiero dejó la carpeta sobre una mesa baja. Había pasado la campaña procurando escapar de dos definiciones: para unos era demasiado peronista para gobernar a todos; para otros no era lo bastante fiel para suceder al fundador del movimiento. Una bendición explícita de Perón le daría votos y reduciría, al mismo tiempo, el margen con que esperaba gobernar.

Hablaron de salarios, inversión y de la ley de seguridad aprobada bajo Frondizi. Cafiero consideraba que el desarrollo necesitaba acuerdos con sindicatos y empresas que no podían imponerse desde la Casa Rosada. Perón le recordó que un acuerdo servía de poco si cada parte podía romperlo al primer costo. No hablaron como maestro y discípulo. Había coincidencias y un desacuerdo que ninguno quiso convertir en espectáculo.

—Usted puede decir que me apoya —dijo Cafiero al levantarse—. No puede prometer que acertaré.

Perón sostuvo la mirada.

—Eso es lo primero que debería decir usted en la campaña.

Cuando Cafiero salió, los fotógrafos le pidieron una frase. Les respondió que habían discutido el país. Más tarde circularon versiones incompatibles: órdenes precisas, un respaldo sin condiciones, un rechazo encubierto. Nadie había grabado la conversación. Cafiero decidió no convertirla en una cita célebre.

En Córdoba, Sara seguía la campaña desde la fábrica. Frondizi había ampliado las oportunidades de estudiar y trabajar; ella no quería que el próximo gobierno desmontara aquello que todavía funcionaba. Tampoco quería oír que una estadística nacional anulaba la negociación pendiente sobre turnos nocturnos. En un debate radial, Cafiero habló de sostener la inversión y revisar sus beneficios concretos. Sara anotó dos preguntas para llevar a una visita de campaña.

Cuando el candidato llegó, había más gente de la que podía escuchar. Un organizador quiso darle prioridad a un empresario. Raúl Ferrer lo detuvo y presentó a Sara, que había trabajado en la reparación de la primera máquina.

—¿Qué cambia para quien produce si los costos suben más rápido que el sueldo? —preguntó ella.

Cafiero comenzó con una respuesta sobre crecimiento. Vio que Sara esperaba algo distinto y admitió que los acuerdos salariales necesitarían mecanismos de revisión. No prometió una cifra. Raúl le preguntó quién los arbitraría y con qué información. La conversación se volvió menos útil para un titular y más útil para los presentes.

La noche de la elección, Cafiero ganó con una mayoría clara, aunque lejos de cualquier unanimidad. En la sede partidaria le acercaron el teléfono de San Vicente. Agradeció a Perón. El ex presidente lo felicitó y le dijo que descansara mientras pudiera. Al colgar, un dirigente propuso que la primera declaración de gobierno se hiciera junto a él.

—La próxima declaración tiene que ser mía —respondió Cafiero.

No era ingratitud. Era la diferencia entre recibir una historia y convertirla en un mandato del que nadie pudiera apartarse. Sabía que sus rivales usarían cualquier error para acusar al peronismo entero, y que algunos aliados usarían el nombre de Perón para impedirle corregirlo. La Presidencia no le ofrecía una zona cómoda entre esas presiones.

Frondizi reconoció el resultado. En la transición presentó proyectos cuya financiación todavía estaba en trámite y conflictos que no se cerrarían con el cambio de banda. Cafiero pidió los expedientes de energía, de ferrocarriles y de la Operación Yungas. Un colaborador le sugirió dejar este último en manos de la administración saliente.

—Si una decisión sigue produciendo consecuencias, ya no es sólo del gobierno anterior —dijo.

La respuesta no resolvía qué haría con el expediente. Lo obligaba a abrirlo.

El día de la jura, Sara estuvo de turno. Escuchó la ceremonia en una radio pequeña junto a Clara Villalba. La línea funcionaba otra vez. Habían pedido una mejora en ventilación y esperaban la respuesta de la empresa. Sara no necesitaba imaginar que Cafiero, por ser peronista, la obtendría. Necesitaba que el nuevo gobierno permitiera discutirla sin pedirle adhesión a cambio.

En Buenos Aires, Perón vio la jura desde su casa. No se reconoció en todos los gestos del nuevo presidente. Sintió el impulso de corregir algo que Cafiero había dicho sobre el pasado reciente; dejó pasar el momento. Afuera, el país seguía lleno de sus retratos y, al mismo tiempo, estaba eligiendo qué hacer sin él. Esa coexistencia, incómoda para ambos, era el comienzo de la verdadera sucesión.



Ilustración original del proyecto autoral, creada con asistencia de IA (según declaración del autor).

Capítulo 11 — El petróleo negro

Buenos Aires, comienzos de 1974.

Elena Rivas volvió del almacén con menos cosas que las anotadas en una hoja. No faltaba dinero para una compra de emergencia. Faltaba la confianza necesaria para saber cuánto reservar para la siguiente. Julián, que tenía catorce años, repasó los precios escritos con lápiz y preguntó si la leche siempre había costado lo mismo que aquel día.

—No —dijo ella—. Por eso guardo los recibos.

La crisis del petróleo había empezado lejos de la mesa de su cocina. La guerra de octubre de 1973 en Medio Oriente y las decisiones de los países productores habían elevado el precio internacional del crudo. La Argentina de esta historia producía parte de su energía, pero sus fábricas, su transporte y sus cuentas exteriores no estaban aislados del mercado mundial. Un insumo más caro podía convertirse, después de varios contratos y varios meses, en un viaje, una pieza o un alimento más caro. Nada de ese trayecto era automático; cada empresa y cada gobierno decidía cuánto costo absorbía y cuánto trasladaba.

Clara Villalba encontró la crisis en una orden de compra. La fábrica de Córdoba necesitaba combustible para hornos y transporte. El proveedor sólo garantizaba el precio durante una semana. La dirección quería reducir turnos preventivamente; Raúl Ferrer exigía ver las cuentas antes de aceptar que los trabajadores pagaran por una previsión. Sara, ya responsable de una sección, preguntó si podían modificar una etapa del proceso para consumir menos energía sin perder calidad.

—Podemos estudiarlo —dijo Clara—. No mañana por la mañana.

—Entonces estudiémoslo hoy.

Las pruebas tardaron. Una de ellas arruinó un lote. Otra permitió ahorrar una cantidad modesta de combustible. El empresario la llamó insuficiente. Sara respondió que una solución parcial seguía siendo mejor que anunciar despidos como si fueran una ley física.

En la Casa Rosada, Antonio Cafiero recibía estimaciones que cambiaban con cada nueva cotización. Sus ministros discutían la ayuda a industrias intensivas en energía, el gasto público y la negociación salarial. Si protegía todos los precios, alguien tendría que financiar la diferencia; si dejaba que todos subieran de inmediato, muchas familias y empresas no tendrían tiempo de adaptarse. Las divisas requeridas para importar equipos y petróleo competían con otras necesidades. Cafiero pedía alternativas con costos explícitos y encontraba, en cada carpeta, una manera distinta de ocultarlos.

En una reunión con dirigentes sindicales, Raúl llevó la cuenta de una casa de Córdoba. No era un promedio nacional. Era la de Sara. Se lo aclaró al ministro que quiso convertirla en ejemplo estadístico.

—No vine a decir que todas las familias gastan lo mismo —dijo—. Vine a mostrar qué decisión cae sobre alguien cuando ustedes dicen «ajuste gradual».

El ministro presentó la cuenta de una planta que podía cerrar si los precios seguían intervenidos. Tampoco era una estadística nacional. Por primera vez en la reunión, ambos dejaron de competir por el derecho a representar al país entero.

La oposición radical, encabezada por Ricardo Balbín, ganó terreno en aquellos meses. Su propuesta no prometía devolver el precio del petróleo al pasado. Pedía reglas comprensibles para repartir la carga y una administración menos dependiente del prestigio heredado de los años de desarrollo. Cafiero rechazaba la idea de que el gobierno hubiese dejado de escuchar. Las asambleas y las largas esperas frente a los comercios indicaban que escuchar ya no bastaba.

Julián acompañó a Elena a visitar a Mateo. El marino retirado tenía una radio nueva que captaba debates parlamentarios con una claridad irritante. Un legislador describió la inflación como una cifra anual. Julián preguntó si esa cifra incluía el dinero que Elena había dejado de gastar en la librería.

—Incluye muchas cosas —respondió Mateo—. Ése es el problema cuando queremos que explique una sola vida.

Elena revisó el recibo más antiguo que conservaba. La comparación no la tranquilizó. Tampoco la llevó a desear que alguien suspendiera las elecciones para resolver los precios más rápido. Había vivido la otra promesa de rapidez en 1955.

Cuando se acercó la votación de junio, Cafiero pidió otro informe sobre las medidas tomadas. Había conservado fábricas y empleo mejor de lo que temieron algunos ministros; también había perdido apoyo entre quienes ya no podían planificar el mes. Sabía que la economía mundial no sería el único motivo de una derrota, si la había. Cada gobierno respondía por las decisiones adoptadas dentro de los límites que no había elegido.

Raúl volvió a Córdoba con una propuesta de revisión salarial. Sara la leyó antes de firmar. Exigió una cláusula para el turno nocturno y otra para informar los costos de energía a la comisión interna. El acuerdo no resolvió la crisis. Permitió que un grupo de personas supiera qué estaba negociando.

Elena pegó en la puerta de la cocina el recibo nuevo junto al viejo. Julián los comparó sin que ella se lo pidiera. Había aprendido a leer números en una escuela y a desconfiar de las palabras solemnes en su casa. Dentro de pocos años tendría que aprender otra cosa: cuánto puede costar una decisión tomada en nombre de la nación cuando sus consecuencias llegan, como el petróleo, desde muy lejos.



Ilustración original del proyecto autoral, creada con asistencia de IA (según declaración del autor).

Capítulo 12 — Balbín presidente

Buenos Aires, junio de 1974.

Ricardo Balbín había prometido un gobierno capaz de discutir la crisis sin tratar a cada adversario como un peligro para la República. A los partidarios más jóvenes les parecía una promesa demasiado pequeña. Él sabía cuánto esfuerzo exigía cumplirla cuando los precios subían, los sindicatos presionaban y el gobierno saliente podía atribuir parte de sus dificultades al mundo.

Una tarde fue a San Vicente. Perón lo recibió sin periodistas. Los dos habían conocido épocas en que la oposición y el oficialismo apenas podían atribuirse buena fe. Balbín quería que el dirigente más influyente del peronismo dijera públicamente que una derrota electoral no cuestionaría la legitimidad del próximo gobierno. Perón quería saber si Balbín gobernaría con el movimiento sindical sentado a la mesa o sólo convocado cuando necesitara un acuerdo salarial.

—No le pido que apruebe mi programa —dijo Balbín.

—Y yo no le pido que lo escribamos juntos.

Hablaron de los límites que ninguno podía garantizar por completo. Perón no dirigía cada sindicato ni cada gobernador; Balbín no podía prometer que todos los radicales respetarían sus llamados a negociar. La conversación terminó sin una frase preparada para pasar a la historia. Ambos salieron con algo menos cómodo: la obligación de responder por sus propios aliados.

Elena Rivas escuchó el debate final de campaña en la radio del hospital. Cafiero defendió la inversión y los acuerdos con trabajadores; Balbín insistió en ordenar las cuentas sin entregar toda la carga a los salarios. En un momento se acusaron mutuamente de reducir el problema a una consigna. Elena se alegró de que por una vez los dos tuvieran razón en esa acusación. Ninguno podía gobernar con la mitad simple de su argumento.

El 23 de junio, la escuela del barrio abrió temprano. Julián había crecido viendo a su madre votar, pero ésta era la primera campaña cuya discusión entendía al menos en parte. Le preguntó por quién elegiría.

—Te digo después —respondió Elena.

—¿Por qué?

—Porque quiero que sepas que puedo hacerlo sin tener que explicárselo a nadie.

Julián no quedó satisfecho. Esa misma noche insistiría otra vez. Elena deseaba que él conociera el valor de la privacidad antes de necesitarla.

El escrutinio dio la victoria a Balbín: 51,2 por ciento frente al 46,1 de Cafiero; otros candidatos reunieron el resto. Elena leyó las cifras dos veces. No era un margen que autorizara a ignorar a casi la mitad del país. Cafiero reconoció el resultado sin adornarlo como triunfo moral.

Dirigentes de su partido discutieron la conducción futura incluso antes de que terminara el recuento. Raúl Ferrer pidió que esperaran una noche.

—Perdimos una elección —dijo—. Eso alcanza por hoy.

Balbín llamó a Cafiero. Le pidió los informes sobre energía y los expedientes de la cooperación en Bolivia. Cafiero respondió que los recibiría completos. Los dos sabían que el traspaso ordenado no borraba las disputas sobre lo que esos documentos mostrarían. En el sindicato de Raúl, algunos esperaban medidas inmediatas; en la fábrica de Clara, la dirección retrasó una compra hasta conocer la política económica del nuevo gobierno. La alternancia tenía efectos antes de la ceremonia.

El día de la asunción, Elena vio a gente celebrar y a otros mirar en silencio. Una mujer del hospital, que había votado por Cafiero, comentó que al menos ya conocían el procedimiento. Elena pensó en 1955, cuando una parte del país había considerado más sencillo volar sobre una plaza que esperar una elección. Conocer el procedimiento no curaba la inflación ni garantizaba la paz. Establecía quién debía responder ahora por lo que viniera.

Balbín encontró sobre su escritorio dos carpetas que competían por atención. Una trataba del costo de la energía y de los salarios. La otra reunía informes sobre el extremo sur, islas pequeñas y una disputa territorial de larga duración con Chile. Un asesor sugirió dejar la segunda para después de las primeras medidas económicas.

—Si esperamos a que un conflicto de frontera se vuelva urgente, ya habrá empezado a decidir por nosotros —respondió Balbín.

Ordenó continuar las conversaciones diplomáticas y pidió que le separaran los hechos confirmados de las conjeturas de los servicios. Quería saber qué reclamaba Chile, qué sostenía Argentina y qué procedimientos seguían abiertos. Un militar solicitó participar en la próxima reunión. Balbín lo incluyó junto con los especialistas civiles; no le prometió la última palabra.

Julián encontró a Elena por la noche repasando los recibos de compra. Volvió a preguntarle por su voto. Ella le dijo que había elegido a quien creía más capaz de admitir malas noticias. No pronunció un nombre. Julián sospechó que esa respuesta también era una manera de enseñarle algo.

En el sur, lejos de la cocina, dos gobiernos seguían dibujando sobre los mismos mapas líneas incompatibles. Balbín aún no sabía cuánto de su mandato sería absorbido por ese territorio. Elena ignoraba que su hijo acabaría mirando esos mapas desde un barco. Por entonces, la elección apenas había cerrado una campaña y abierto una responsabilidad: gobernar un país que podía cambiar de presidente sin haber aprendido todavía a evitar la guerra.



Ilustración original del proyecto autoral, creada con asistencia de IA (según declaración del autor).

Capítulo 13 — La sombra del sur

Buenos Aires, 1977.

Julián Rivas tuvo que buscar el canal Beagle en un atlas escolar. Había oído discutirlo en la mesa, en el tren y en un programa de radio, pero no podía situar las islas cuya posesión parecía ocupar de pronto la conversación del país. Elena lo vio inclinarse sobre el mapa con una regla. A él le sorprendía que un espacio tan pequeño admitiera líneas incompatibles.

—Los mapas muestran reclamos —dijo ella—. No deciden solos qué hacemos con ellos.

Mateo, que había servido en la Armada, corrigió un nombre de isla y explicó cómo podían cambiar las rutas marítimas según el criterio adoptado. Elena le pidió que no convirtiera la explicación en una orden. Su hermano se ofendió: sabía distinguir una posición jurídica de una operación naval. Ella también sabía que había hombres dispuestos a saltar de la primera a la segunda sin pasar por una negociación.

En la Casa Rosada, Balbín recibía informes sobre la disputa austral con Chile. El laudo arbitral de 1977 había endurecido las posiciones políticas en esta línea de la historia. Los juristas del gobierno analizaban sus efectos; los mandos militares preparaban contingencias que decían esperar no utilizar. Del otro lado de la cordillera gobernaba Augusto Pinochet. Balbín desconfiaba de que un régimen militar pudiera soportar en público una concesión, y desconfiaba también de los argentinos que creían que una democracia debía mostrar firmeza mediante un ultimátum.

En una reunión pidió dos mapas. El primero señalaba las islas disputadas. El segundo mostraba ciudades, puertos y rutas de abastecimiento.

—Quiero que cada propuesta venga con ambos —dijo—. Una frontera no está vacía porque la dibujemos desde lejos.

Un almirante replicó que posponer la decisión permitiría al otro país consolidar su posición. El canciller respondió que apresurarla podía cerrar la última vía de arbitraje. Balbín escuchó al militar y al diplomático, y pidió por escrito el costo de cada curso de acción. Ninguna carpeta pudo convertir las consecuencias en una columna de números completa.

El debate llegó a los talleres donde trabajaba Raúl Ferrer. Una parte de los obreros consideraba que negociar después de un laudo desfavorable equivalía a resignarse. Otros preguntaban cuántos serían convocados si la discusión salía de las cancillerías. Raúl no tenía una respuesta pacifista capaz de resolver la disputa territorial. Tenía el recuerdo de Avellaneda: había empuñado un arma para impedir que una facción destruyera el gobierno y no estaba dispuesto a llamar cobardía a quien quisiera agotar una conversación entre Estados.

Perón recibió a Balbín en San Vicente. Los dos habían hablado antes de economía y de elecciones; esta vez la distancia entre una palabra y una orden militar estaba presente en cada

pausa. Balbín pidió su juicio. Perón defendió el reclamo argentino y preguntó qué puerta diplomática seguía abierta. No ofreció una frase que absolviera al presidente de decidir.

—Si la cierra —dijo—, asegúrese de saber quién podrá abrirla después.

Balbín salió sin un permiso ni una prohibición. Le irritó y le sirvió.

En junio de 1978, la selección argentina ganó el Mundial. Julián salió a la calle con amigos y terminó cerca de una plaza donde desconocidos se abrazaban. Había una alegría que no dependía de la política exterior y que merecía existir por sí misma. Cuando volvió, encontró a Mateo escuchando una transmisión sobre buques en el sur. Durante unas horas habían vivido en el mismo país y en dos tiempos distintos.

El resto del año redujo la distancia entre ellos. Julián recibió la convocatoria para cumplir servicio. Elena dobló su ropa con una exactitud que él interpretó como calma. Sólo cuando levantó el bolso vio que había metido dos pares de medias de más.

—No voy a una guerra —dijo.

—Yo tampoco dije eso.

Él quiso contestar y no encontró una frase que no sonara infantil. Mateo le mostró cómo cuidar los pies con frío y humedad. No habló de patriotismo. Julián lo agradeció más tarde, aunque esa tarde le pareció una manera de admitir lo que todos negaban.

La noche del 13 de diciembre, Balbín permaneció en su despacho hasta la madrugada. Tenía ante sí informes militares, propuestas de mediación y llamadas que no llegaban de Chile a la hora acordada. Los ministros discutían cuánto tiempo podía sostenerse una movilización sin que alguien interpretara un movimiento defensivo como el inicio de un ataque.

Pidió que verificaran una noticia sobre barcos antes de transmitirla a los mandos. El oficial de enlace insistió en que había que decidir de inmediato.

—Justamente por eso —respondió Balbín.

En su casa, Elena volvió a abrir el atlas de Julián. Había puesto una marca pequeña junto al canal. Ahora pensó que no sabía dónde estaba el barco al que lo destinarían, ni cuánto tardaría una carta. El mapa le permitía ubicar las islas y era incapaz de decirle lo que más necesitaba saber.



Ilustración original del proyecto autoral, creada con asistencia de IA (según declaración del autor).

Capítulo 14 — Veintitrés días de guerra

Atlántico sur, 15 de diciembre de 1978.

Julián Rivas había aprendido a reconocer a sus compañeros por los pasos en una cubierta oscura. El mar y el viento les borraban la voz a unos pocos metros. Esa mañana, cuando el oficial anunció que Argentina y Chile estaban en guerra, vio que el conscripto a su lado se agachaba a asegurar una cuerda que ya estaba bien atada. Julián hizo lo mismo con otra. Nadie necesitaba la cuerda; necesitaban una acción que tuviera principio y fin.

En Buenos Aires, Balbín recibió la confirmación de los primeros enfrentamientos. Los informes no coincidían sobre cuál movimiento había iniciado el fuego. Ordenó que se preservaran las comunicaciones y que cada parte separara observación de inferencia. Un ministro le preguntó si pensaba discutir en ese momento la autoría del primer disparo.

—La vamos a discutir después —dijo Balbín—. Hoy necesito saber qué orden puede detener el siguiente.

Las operaciones se extendieron por el espacio austral: contactos entre buques y aeronaves, posiciones defendidas en tierra, movimientos de unidades que perdían tiempo y hombres antes de llegar a donde se las necesitaba. Ninguna acción aislada produjo una ventaja decisiva. Cada mando veía sólo una parte del frente y cada parte bastaba para pedir refuerzos. Los comunicados oficiales daban nombres de lugares, hablaban de objetivos y evitaban describir lo que una madre tendría que leer en la lista de bajas.

Julián conoció la guerra por detalles todavía más pequeños. Una taza de metal que se deslizaba con el balanceo. El cansancio que hacía repetir una orden para estar seguro de haberla oído. El rostro de un marinero al que llamaban Ponce, concentrado en una lectura de radar que no se correspondía con la forma que todos habían imaginado para el enemigo.

—¿Lo tenés? —preguntó el oficial.

—Tengo una señal —respondió Ponce.

Esperaron una confirmación. El contacto se perdió. Un golpe de mar hizo vibrar la cubierta y Ponce se quedó inmóvil, con la mano suspendida sobre el instrumento. Julián esperó a que alguien ordenara volver a los puestos de descanso. La orden no llegó. A las horas supieron de un barco dañado en otro sector y dejaron de usar la palabra *falsa* para cualquier cosa.

En una alarma posterior, la señal apareció de nuevo. Ponce leyó las coordenadas, las repitió cuando se las pidieron y alzó la vista hacia Julián. Una sacudida los arrojó contra el mamparo antes de que pudieran decidir si el ruido venía del mar o de un arma. Julián se incorporó con sangre en la boca. Ponce estaba en el suelo y trataba de recoger una hoja de registro que el agua había pegado al metal.

—Dejá eso —le dijo Julián.

—Ahí está la hora.

Julián la recogió. Otro marinero llegó con una venda. Ponce podía hablar, pero no apoyar una pierna. Mientras lo ayudaban a salir, pidió que no completaran el registro con una identificación que no habían confirmado. Su preocupación exasperó a Julián; después comprendió que era la única parte de aquella noche que Ponce todavía podía gobernar.

Elena fue a la estación a preguntar por el correo militar. Había otras familias con sobres abiertos para comprobar que la dirección estuviera completa. Una mujer le aseguró que su hijo había llamado desde el sur; otra dijo que los teléfonos estaban cortados. Elena no corrigió a ninguna. Escribió a Julián sobre la casa, sobre una gotera en la cocina y sobre el partido de fútbol que sus vecinos seguían recordando. Se obligó a no llenar la hoja de preguntas que él quizá no pudiera contestar.

Mateo revisó con ella las noticias disponibles. Conservaba contactos en la Armada y se negó a pedirles una promesa sobre el barco de Julián. Lo que podía saber no equivalía a lo que necesitaban. Elena vio que esa renuncia le costaba.

En Chile, una familia esperaba también. Balbín recibió fotografías de posiciones enemigas y no quiso que la palabra *enemigo* cerrara la información sobre los hombres que las ocupaban. Eso no redujo su obligación de defender a los argentinos enviados al frente. La volvió más insoportable: debía decidir sobre personas que no conocía en ambos lados de una frontera.

Para la Navidad, algunos barcos mantenían luces mínimas. Julián escribió unas líneas en un papel que no sabía cuándo saldría: estaba bien, tenía frío, había aprendido a dormir en intervalos que antes no habría llamado sueño. Escribió que Ponce se había herido durante una alarma y tachó la frase: ignoraba si la noticia habría llegado a su familia. Dejó su nombre en el margen. Recordó la hoja de registro, la hora que habían salvado y todo lo que seguían sin poder afirmar.

En la Casa Rosada, los canales diplomáticos no se habían cerrado del todo. Estados Unidos temía una escalada regional; la Santa Sede buscaba una fórmula que ambos gobiernos pudieran aceptar. Balbín había pedido propuestas que incluyeran separación verificable de fuerzas y continuidad de la discusión territorial. En el campo, sin embargo, una unidad podía recibir la noticia de una conversación y perder a un hombre antes de que se cursara una orden de alto el fuego.

El 6 de enero de 1979 se abrió una pausa negociada. Del 15 de diciembre a aquel día habían transcurrido veintitrés jornadas contando ambos extremos; para Julián eran turnos sin una medida clara del tiempo. Cuando le dijeron que cesarían los combates, no sintió alivio inmediato. Miró a los oficiales confirmar la orden por una segunda vía. Sólo entonces fue a sentarse junto al lugar donde Ponce solía guardar su taza.

En los recuentos finales de esta guerra, Argentina reconocería alrededor de mil ochocientos muertos y Chile unos dos mil trescientos. Las cifras del conflicto seguían siendo discutidas por familias que buscaban nombres y circunstancias, no sólo una suma. En Buenos Aires, Elena oyó el número argentino en la radio y apagó el aparato antes de que terminara el boletín. Todavía no sabía si Julián estaba entre los vivos.

Él regresó al camarote y encontró su carta sin enviar. Añadió una línea: «Parece que vamos a hablar». No escribió «terminó». Había visto demasiadas veces cómo una noticia llegaba después de que alguien ya había pagado por una decisión anterior.



Ilustración original del proyecto autoral, creada con asistencia de IA (según declaración del autor).

Capítulo 15 — La paz de Punta Arenas

Punta Arenas, enero de 1979.

Tomás Arce comprobó la primera mañana que la palabra *paz* no figuraba en el borrador. Había un cese de hostilidades, posiciones, corredores de evacuación y una comisión para localizar desaparecidos. La soberanía sobre las islas aparecía en una cláusula que cada delegación interpretaba de manera opuesta.

—Si firmamos esto, el próximo incidente empezará por la tercera página —dijo Tomás.

La delegada chilena, Elisa Valdés, estaba al otro lado de la mesa. Había llegado con instrucciones de no aceptar ningún texto que pareciera anular el reclamo de su país. Tomás tenía una orden equivalente. Un representante de la Santa Sede les pidió que distinguieran el problema territorial del movimiento inmediato de las tropas. Un observador estadounidense ofreció asistencia para verificar distancias. Ninguno podía decidir por los dos gobiernos.

Tomás propuso un orden: retirada simultánea de unidades a posiciones delimitadas; comunicación directa entre mandos navales para evitar que una maniobra se confundiera con un ataque; intercambio de listas de prisioneros y heridos; acceso de personal sanitario a los lugares acordados; discusión posterior de los títulos territoriales mediante un procedimiento aceptado por ambos países. La palabra *simultánea* consumió una tarde entera. Cada parte temía ser la primera en retirarse y descubrir que la otra había usado el tiempo para afirmarse.

En Buenos Aires, Balbín recibía mensajes de quienes consideraban inadmisibles cualquier pausa sin victoria y de quienes habrían firmado una retirada inmediata sin preguntar por las islas. Ninguno tenía la responsabilidad de explicar al día siguiente por qué un barco no había obedecido un mapa mal redactado. Pidió que cada punto del acuerdo especificara quién avisaría a quién y en qué plazo. El canciller temió que tanta precisión retrasara la firma.

—Una ambigüedad puede retrasar un funeral —respondió Balbín.

La frase no salió del despacho. Tampoco resolvió todo. Había sectores del frente donde los registros de bajas no coincidían y familias que preguntaban por personas que no aparecían en ninguna lista. Una comisión podía buscarlas; ningún protocolo garantizaba que encontrara a todas.

Julián seguía a bordo cuando recibió la primera carta de Elena. Llegó doblada y húmeda en un borde. Contaba la gotera, el precio del pan, una discusión de Mateo con un vecino. Julián la leyó dos veces. No había noticias heroicas en aquellas líneas, y por eso pudo imaginar que existía todavía una casa a la que volver. Escribió una respuesta más larga que la anterior. Le contó que Ponce estaba herido y atendido, pero no sabía si regresaría al mismo barco.

Valdés llevó a la mesa un listado de embarcaciones chilenas que debían abandonar una zona. Tomás señaló que la lista argentina tenía unidades en una situación equivalente. Al usar el mismo verbo para ambas retiradas, el texto dejó de parecer una concesión unilateral. Era una mejora pequeña y frágil. Al día siguiente discutieron si las patrullas de verificación podrían

portar armas y quién investigaría una infracción. Acordaron observadores designados por cada país, informes compartidos y una línea de comunicación permanente; las acusaciones de violación del alto el fuego debían tramitarse antes de ordenar una respuesta armada, salvo defensa inmediata.

El 17 de enero apareció un principio de acuerdo. Nadie en Punta Arenas quiso llamarlo victoria. Los representantes de ambos gobiernos consultaron a sus capitales. Tomás caminó por el puerto al anochecer y vio a hombres descargar cajas de suministros de un barco. Pensó que la logística de la guerra seguiría trabajando durante semanas aun si al día siguiente se firmaba la paz.

El 18 de enero de 1979 se suscribió el Acuerdo de Punta Arenas. Establecía la separación y verificación de fuerzas, la atención e intercambio de personas afectadas, y un procedimiento para continuar la controversia territorial sin recurrir a las armas. No otorgaba a ninguno de los gobiernos una proclamación simple de triunfo sobre las islas. Los críticos de Balbín señalaron la falta de una resolución definitiva; él admitió que un acuerdo capaz de detener el combate no podía fabricar en unos días el consentimiento que décadas de disputa no habían producido.

Perón leyó la noticia en San Vicente. Le preguntaron si Balbín había cedido demasiado. Respondió que sólo un examen de las cláusulas, y de su cumplimiento, permitiría juzgarlo. Era una respuesta menos memorable que las frases que los periódicos habrían querido atribuirle. También era más exigente.

Julián desembarcó semanas después. En la estación, Elena lo vio antes de que él la descubriera. Estaba más delgado y sostenía la bolsa como si siguiera esperando que le asignaran un lugar donde dejarla. Cuando se abrazaron no mencionaron las islas ni a Balbín. Elena le preguntó si tenía hambre. Él dijo que sí, aunque apenas había probado la comida del viaje.

En casa, Mateo le sirvió agua y comenzó a preguntarle por la navegación. Elena lo detuvo con la mirada. Julián respondió de todos modos a una pregunta sencilla y luego dejó el vaso sobre la mesa.

—Ponce va a necesitar ayuda cuando vuelva —dijo.

No explicó más. Mateo asintió. Había conocido el tiempo en que el país llamaba héroes a los hombres antes de preguntar qué necesitaban para seguir viviendo. Esta vez no quiso repetirlo.

Hubo familias que recibieron a sus hijos y otras que recibieron una búsqueda o un cuerpo. En Chile ocurría algo semejante. La paz dependía ahora de avisar antes de mover una patrulla. Las escuelas llamarían al episodio *Veintitrés Días de Guerra*. Julián tardaría años en decidir si ese nombre ayudaba a recordar o facilitaba pasar de página.

Una noche sacó el atlas. La marca junto al canal seguía allí. No la borró. Devolvió el libro a su lugar, entre el manual de mecánica de Mateo y los cuadernos de enfermería de Elena. Ninguno prometía una paz definitiva. Los tres hablaban, cada uno a su modo, del trabajo que comenzaba después de dejar de disparar.



Ilustración original del proyecto autoral, creada con asistencia de IA (según declaración del autor).

Capítulo 16 — El último general

San Vicente y Buenos Aires, mayo de 1981.

Elena Rivas encontró en un cajón la citación con la que Mateo había comparecido ante el juez en 1955. Buscaba un documento de Julián y terminó sentada en el borde de la cama, con aquel papel amarillento sobre las rodillas. En la radio acababan de informar que la salud de Perón se había agravado.

Mateo la vio salir con la citación en la mano.

—Podrías haberla tirado hace años —dijo.

—No sabía si quería hacerlo.

Habían discutido muchas veces sobre aquel invierno. Mateo había declarado contra hombres a los que conocía y había seguido trabajando en una institución que necesitó aprender a obedecer un gobierno civil. Elena había defendido los juicios y cuestionado las ejecuciones públicas. Ninguno encontraba una frase capaz de reunir ambas cosas sin que una borrara la otra.

Perón llevaba casi dos décadas fuera de la Presidencia. En San Vicente aún recibía noticias del gobierno, leía con dificultad creciente y escuchaba más de lo que hablaba. Algunos visitantes buscaban una opinión sobre Balbín, sobre el Beagle, sobre las próximas elecciones. Otros sólo querían ver al hombre que habían seguido durante toda una vida. Él ya no podía ofrecerles el tiempo que reclamaban.

El 16 de mayo murió. La noticia llegó a Elena mientras preparaba la guardia. Una paciente preguntó si el hospital cerraría; un médico la corrigió antes de saberlo. Alguien encendió la radio en el pasillo. Durante unos minutos, nadie tuvo la autoridad de decidir qué debía hacerse con la jornada ordinaria. Después llegaron enfermos y el trabajo continuó.

Julián llamó desde su casa. Había regresado del sur y encontraba difícil escuchar homenajes donde la guerra aparecía como prueba de grandeza nacional. Perón había buscado la paz; también había sido un militar y un gobernante cuyo nombre algunos todavía usaban para exigir obediencia.

—¿Vas a ir a despedirlo? —preguntó.

—Sí —dijo Elena.

—Pensé que seguías enojada por las condenas.

—Sigo.

En la fila del funeral se cruzó con Raúl Ferrer. Llevaba el cuello del saco levantado contra el frío y una flor que había empezado a perder pétalos. Él recordaba el discurso de diciembre de 1955 y el día en que Perón había entregado la banda a Frondizi. Elena recordaba, además, a la mujer de la carpeta y al hombre que había muerto después de la sentencia. Raúl no le pidió que escogiera una sola memoria.

La fila se detuvo cuando una anciana quiso atravesarla para llegar junto a su hija. Alguien protestó; otra persona le abrió paso y le sostuvo el brazo. Elena retrocedió contra la verja. Desde allí oyó un canto que nacía y se apagaba antes de alcanzar el final de la estrofa. Vio un pañuelo levantado, una bandera enrollada para no golpear a nadie y dos hombres que discutían en voz baja sobre si aquella despedida pertenecía al gobierno o a quienes habían esperado durante horas. La anciana encontró a su hija y lloró sin mirar hacia el féretro.

—No viniste por lo mismo que ellos —dijo Raúl.

—No sé por qué vinieron ellos.

Él asintió. Elena sintió vergüenza de la facilidad con que había creído adivinarlo.

Balbín acudió al homenaje. La distancia política entre ambos había sido real, aun cuando aprendieron a conversar. Habló de la capacidad del país para continuar después de quienes lo habían gobernado y de las disputas que no debían convertirse otra vez en violencia. Elena escuchó desde un lugar donde apenas veía el estrado. No supuso que el discurso cerrara el debate sobre Perón. Le pareció más honesto que el Presidente reconociera la deuda y la diferencia en un mismo acto.

La fila volvió a avanzar. Delante de ella había una mujer que sostenía una fotografía de Eva Perón. Detrás, un joven que había nacido después del golpe frustrado y nunca había conocido a Perón como presidente. Le preguntó a Raúl por qué lo llamaban *el último general*.

Raúl miró a Mateo, que había llegado con ellos.

—Porque esperan que haya sido el último hombre al que se le pida salvar solo al país —respondió Mateo.

—¿Y lo fue?

—Eso no lo decide un apodo.

Elena observó a su hermano. Había tardado veintiséis años en oírle una respuesta que no intentara proteger a su antiguo cuerpo ni castigarlo en conjunto. Se preguntó cuánto de esa cautela había aprendido en tribunales y cuánto en la cocina de su casa.

Al salir, el sol estaba bajo. La mujer de la fotografía se detuvo en la vereda y por un momento no pareció saber hacia dónde caminar. Elena quiso hablarle, pero no encontró una frase que no reclamara una intimidad que no tenían. Más allá, otra mujer discutía con un vendedor por el precio del regreso en colectivo. Elena buscó a Mateo entre la gente y le tomó el brazo sin explicarle por qué. La República que continuaba después de Perón seguía hecha de ceremonias y cuentas domésticas, de instituciones capaces de transferir poder y de expedientes que ninguna transferencia había cerrado.

En casa, Elena guardó la citación en una carpeta nueva. Escribió en la tapa: «Junio y septiembre, 1955». Julián le preguntó si algún día se la daría a su hija. Aún no tenía una. Elena contestó que sí, si llegaba a preguntar. No quería heredarle una conclusión, sino los papeles con los que pudiera discutirla.



Ilustración original del proyecto autoral, creada con asistencia de IA (según declaración del autor).

Capítulo 17 — El ingeniero de Tucumán

Tucumán y Buenos Aires, 1982–1988.

Ramón «Palito» Ortega llegó a la Presidencia con un apodo que no había buscado todavía. Su vida pública había pasado por escenarios, estudios de cine y el gobierno provincial; muchos adversarios creían que una popularidad semejante era incapaz de sostener una administración nacional. Él respondió con obras. Algunas fueron necesarias. Otras, anunció Clara Villalba en una comisión técnica, no resistían la pregunta de quién las usaría ni cómo se mantendrían.

El plan de Acero Nacional prometía ampliar la producción para abastecer fábricas, transporte e infraestructura. Clara había sido convocada para revisar especificaciones. En la primera carpeta encontró tres ofertas; en la segunda, una recomendación que comparaba sólo dos. La empresa omitida no era necesariamente la mejor. Quería saber por qué había desaparecido.

—Presentó tarde un anexo —explicó el responsable de compras.

—El anexo está fechado antes del cierre.

—Eso no prueba que llegara.

Clara pidió el registro de recepción. Dos semanas después le enviaron una copia ilegible. Sara, que ahora coordinaba una sección de la fábrica cordobesa, le aconsejó no saltar de una irregularidad a una acusación. Habían visto demasiadas obras demoradas por disputas entre empresas. Clara estuvo de acuerdo. Precisamente por eso quería un expediente completo.

Ortega visitaba provincias con planos bajo el brazo. Inauguró escuelas, rutas y centros de salud; también encontró edificios terminados sin personal y caminos cuyo mantenimiento no figuraba en ningún presupuesto. Un asesor le pidió que evitara detenerse en una escuela rural que aún no tenía maestros asignados.

—La inauguración ya está anunciada —dijo.

—Entonces tendremos que explicar qué falta después de cortar la cinta —respondió Ortega.

Lo hizo esa vez. No siempre. La velocidad que había convertido en marca de gobierno lo empujaba a aceptar informes demasiado optimistas. Cada promesa de una obra nueva dejaba menos tiempo político para revisar la anterior.

El caso Acero Nacional apareció en los periódicos cuando una empleada del área de compras entregó copias de correcciones hechas después de la evaluación. La oposición habló de empresarios cercanos a ministros. Los ministros alegaron errores administrativos. Clara declaró ante una comisión parlamentaria y se negó a afirmar que había visto un soborno.

—Vi que una oferta fue excluida con una razón que el registro no demuestra —dijo—. Vi cambios de puntaje sin firma. Eso debe investigarse.

Un diputado insistió en que nombrara a un culpable. Otro quiso que se retractara para no dañar el programa industrial. Clara rechazó ambas invitaciones. La planta y el procedimiento podían importar a la vez.

Ortega recibió la noticia de que un juez solicitaba contratos y comunicaciones del gabinete. Le aconsejaron alegar que la documentación era estratégica. Recordó la pregunta que le habían hecho tantas veces sobre su preparación para gobernar. No encontraría una respuesta en proteger a un funcionario antes de leer el expediente.

Ordenó entregar los documentos conservados y permitió que los citados comparecieran. La decisión no demostraba inocencia del gobierno. Tampoco convertía al presidente en árbitro de la causa. Lo obligaba a tolerar que periodistas, jueces y adversarios describieran hechos que prefería ver resueltos antes de la próxima visita provincial.

Raúl Ferrer observó el proceso con una preocupación distinta. Si las contrataciones habían sido irregulares, la fábrica podía perder empleo y producción aunque los responsables recibieran castigo. Pidió un plan para continuar las obras útiles bajo nuevas reglas de compra. Algunos lo acusaron de defender a Ortega; otros, de facilitar la investigación. Raúl respondió que la gente que había trabajado en la planta no debía quedar encerrada entre dos consignas.

En 1988, al terminar el mandato, Ortega recorrió un hospital nuevo en Tucumán. Funcionaba la sala de emergencias; faltaban equipos en un sector prometido para el año anterior. El director le mostró los turnos que podían atender y los que derivaban a otra ciudad. Afuera esperaban fotógrafos. Ortega preguntó por la fecha del equipo antes de posar.

La investigación de Acero Nacional seguía abierta en varias líneas. Había contratos revisados, funcionarios citados y preguntas sin respuesta. Quienes llamaban a Ortega *el ingeniero de Tucumán* lo hacían a veces con afecto, a veces con ironía. Él no había sido ingeniero. Clara pensó que un título, real o inventado, servía de poco si no enseñaba a revisar un cálculo cuando la obra ya estaba levantada. En la sala de emergencias, un médico atendía a una niña mientras los hombres del pasillo discutían el legado presidencial. La utilidad de aquel hospital era cierta; también lo era la obligación de saber cuánto había costado y a quién se había favorecido para construirlo.



Ilustración original del proyecto autoral, creada con asistencia de IA (según declaración del autor).

Capítulo 18 — El dios del fútbol

Buenos Aires, junio de 1986.

Elena Rivas nunca se había aprendido la formación completa de la selección. Conocía a Maradona porque Julián había llenado la casa de recortes sobre un chico de Villa Fiorito capaz de recibir la pelota rodeado de rivales y salir del otro lado con una jugada que ninguno había visto antes. En el hospital, los pacientes también querían saber a qué hora empezaba el partido. Elena logró que instalaran un televisor donde no interrumpiera la guardia.

Julián había seguido la carrera de Diego desde su debut siendo adolescente, su paso por Argentinos Juniors y Boca, y su llegada a Europa. En Maradona reconocía un talento extraordinario y algo que no podía explicarse sólo por la habilidad: un hijo de trabajadores que obligaba a los clubes más ricos del mundo a mirar hacia el lugar del que venía. Sabía también que el país podía usar esa historia para fingir que a cualquier chico de Villa Fiorito se le abrían las mismas puertas.

El día del partido contra Inglaterra, Julián salió tarde del trabajo. Había un problema en una línea ferroviaria y faltaban manos para repararla. Alcanzó a ver parte del encuentro en un bar cercano a la estación. La sala cambió de sonido dos veces en pocos minutos: primero una discusión incrédula, después un grito que pareció arrastrar la calle entera. Nadie estaba de acuerdo sobre cómo contar el primer gol. Sobre el segundo, los hombres intentaron repetir con gestos la carrera de Maradona y se chocaron entre mesas.

Mateo, que lo esperaba en casa, tenía su propia opinión sobre el arbitraje. Elena les pidió que hablaran más bajo porque una vecina descansaba después de un turno nocturno. Julián la acusó de no entender lo que había pasado. Ella respondió que podía entender una alegría sin saber repetir una jugada.

La final de México encontró a la familia reunida. Julián quería que el partido terminara antes de que empezara; Mateo calculaba cada posible sustitución como si una decisión táctica pudiera prevenir la angustia. Cuando Argentina ganó el Mundial, salieron a la calle. Elena vio a desconocidos abrazarse sin preguntar por su partido, su trabajo ni su posición sobre el gobierno. Un chico agitaba una camiseta demasiado grande. Dos mujeres cantaban sobre el techo de un automóvil detenido.

Sara no había visto la segunda mitad. En Córdoba, una avería en la fábrica la obligó a quedarse con otros técnicos. Cuando salió, la ciudad le anunció el resultado antes de que alguien pudiera decírselo. Un compañero le describió los goles con una precisión que variaba en cada relato. Ella no lo corrigió. Durante una hora dejó que la celebración la alcanzara sin exigirle que justificara su ausencia del televisor.

Al día siguiente seguían pendientes el expediente de Acero Nacional, los turnos de los trabajadores y las familias que no habían recuperado a todos los hombres del Beagle. La

victoria no los resolvió. Tampoco por eso era falsa. Julián comprendió que había querido pedirle al fútbol más de lo que podía darle: un triunfo que volviera coherente todo el país.

En el hospital, Elena encontró al chico de la camiseta grande esperando con su madre una consulta. Le preguntó si había visto jugar a Maradona.

—Vi el último gol de la final —dijo—. El otro me lo contaron.

Ella pensó en la cantidad de acontecimientos que se heredan de esa manera. Algunos se transforman al pasar de una voz a otra. Ese día prefirió escuchar cómo lo contaba él.

Ramón Ortega recibió a los campeones semanas después. Los fotógrafos buscaron una imagen del presidente junto a Maradona. Para quienes habían trabajado en el turno de Sara, en la sala de Elena o en el tren de Julián, la foto sería una parte muy pequeña de aquel junio. La otra estaba en el instante en que pudieron festejar juntos algo que nadie había decretado.

Julián guardó los recortes en una caja donde aún conservaba una carta del barco. Los dos papeles pertenecían a la misma vida y no se explicaban uno al otro. Cuando Mateo le preguntó por qué no pegaba el recorte en la pared, dijo que quería poder volver a sacarlo. Había aprendido en el sur que una memoria demasiado bien fijada podía dejar fuera todo lo que no entraba en el marco.



Ilustración original del proyecto autoral, creada con asistencia de IA (según declaración del autor).

Capítulo 19 — El padre del consenso

Buenos Aires y Córdoba, 1988–1993.

Raúl Alfonsín recibió la banda presidencial de Ramón Ortega con una sonrisa que duró lo que exigían las cámaras. En el primer despacho sobre la mesa estaba el estado de las obras que el gobierno saliente había construido; en el segundo, una síntesis del caso Acero Nacional. La continuidad del país incluía hospitales nuevos y contratos cuya legalidad seguía disputándose. No podía aceptar unos como herencia y tratar los otros como si pertenecieran a una administración extinguida.

Una investigadora de la comisión parlamentaria, Lucía Barreto, le presentó las solicitudes de información que sus ministros aún no habían respondido. Alfonsín preguntó cuánto tiempo más necesitaban los jueces. Lucía contestó que ésa era la pregunta que un presidente no debía hacerles antes de entregar los archivos.

—Tiene razón —dijo él—. ¿Qué falta en los archivos?

No fue el comienzo de una amistad. Lucía desconfiaba de cualquier gobierno que llamara cooperación a decidir qué documentos podían verse. En los meses siguientes insistió en actas, registros de compras y comunicaciones entre ministerios. Algunas aparecieron incompletas. Alfonsín ordenó búsquedas adicionales y soportó que una parte de su partido denunciara que estaba facilitando munición a la oposición.

La caída del Muro de Berlín en noviembre de 1989 llenó las pantallas de imágenes que parecían confirmar, para muchos, el fin de una disputa mundial. Alfonsín las vio desde una Casa Rosada donde los problemas de energía, salarios y corrupción no habían terminado con la Guerra Fría. Había defendido las libertades frente a los bloques que exigían lealtades automáticas. Se resistió a convertir la celebración de una frontera abierta en la idea de que todas las decisiones económicas futuras tuvieran una sola respuesta.

En 1991 convocó en Córdoba a representantes peronistas, radicales, provinciales y de otras corrientes para discutir reglas institucionales. Las reuniones pronto fueron llamadas *Acuerdo de Córdoba*. La palabra *acuerdo* molestó a quienes llevaban semanas sin coincidir siquiera en el temario.

Lucía asistió como asesora en mecanismos de control. Quería acceso a información presupuestaria y procedimientos para investigar contratos públicos. Un gobernador exigía preservar competencias provinciales. Un dirigente sindical temía que la transparencia de los expedientes se usara para vigilar asambleas en lugar de licitaciones. La jurista Alicia Montalvo, que había cuestionado detenciones bajo la ley de seguridad de 1967, reclamó protección de derechos frente a poderes excepcionales. Cada cual veía una amenaza distinta en el mismo Estado.

Alfonsín propuso suspender una votación que habría producido una victoria estrecha y una derrota duradera. Le reprocharon perder tiempo. Respondió que un acuerdo sobre las reglas debía sobrevivir a la próxima alternancia, no sólo a la aritmética de aquella tarde.

La mesa se dividió en grupos. Uno trabajó sobre controles del gasto; otro, derechos y garantías; otro, representación y duración de los mandatos. Lucía obtuvo una cláusula para publicar información que antes dependía de la voluntad de cada ministerio. Aceptó, a cambio, un procedimiento de reserva limitado para datos cuya difusión podía afectar investigaciones en curso. No estaba segura de que la fórmula fuera suficiente. Firmó una recomendación que incluía una revisión periódica, porque sabía que no habría una última redacción capaz de anticipar todos los abusos.

En el tren de regreso a Buenos Aires, un periodista preguntó a Alfonsín si había convencido al país de ponerse de acuerdo. Él miró las marcas en el borrador. Eran tantas que apenas quedaba una página sin correcciones.

—Todavía están discutiendo —respondió.

Para el periodista sonó como un fracaso. Para Lucía, que viajaba en otro vagón con sus papeles, era la única descripción exacta de lo ocurrido.

Elena Rivas siguió los debates desde su casa. Julián decía que tanto procedimiento no curaría la herida del Beagle ni impediría un nuevo caso de corrupción. Ella estuvo de acuerdo en lo primero y le pidió que imaginara qué habría pasado si, en 1955, las pruebas contra los conspiradores hubiesen tenido menos defensores y más consignas.

—Las reglas no hacen buena a la gente —dijo—. Hacen más difícil que una sola persona decida qué cuenta como verdad.

Cuando se acercó 1994, Alfonsín sabía que no todos los cambios propuestos llegarían intactos a la Constitución. Había concesiones que defendería y otras que lamentaría. El caso Acero Nacional seguía abierto en los tribunales. Lucía aún requería documentos. La obra institucional del presidente no consistía en declarar terminado el control, sino en soportar que continuara después de que él abandonara el cargo.



Ilustración original del proyecto autoral, creada con asistencia de IA (según declaración del autor).

Capítulo 20 — La Segunda República

Puerto Belgrano, 1990.

El capitán Andrés Ledesma había pasado la Navidad de 1978 en el mar austral. Cuando recibió la orden de preparar una nave para una posible misión en el Golfo Pérsico, buscó primero la lista de tripulantes. No quería que la memoria del Beagle se usara como argumento automático para enviar a otros hombres a una guerra distinta.

Irak había invadido Kuwait en agosto. La respuesta internacional se organizaba para exigir el retiro de sus fuerzas. En Buenos Aires, Alfonsín propuso una participación argentina limitada a tareas navales de escolta y vigilancia dentro de la coalición. Legisladores de su propio partido preguntaron por el fundamento jurídico, la duración y el modo de retirar los buques si cambiaba el objetivo de la operación. El Presidente aceptó que esas preguntas se resolvieran antes de zarpar. Algunos mandos lo llamaron demora. Ledesma, que había aprendido cuánto costaba una orden imprecisa, no lo hizo.

El debate parlamentario no tuvo una sola línea entre partidarios de la paz y partidarios de la guerra. Quienes defendían la misión sostenían que una invasión no podía ser tolerada sin consecuencias. Quienes la cuestionaban temían que Argentina prestara sus barcos a una estrategia definida por Estados Unidos sin controlar sus límites. Alfonsín pidió un mandato escrito para las tareas asignadas y una obligación de informar al Congreso. La autorización se obtuvo con reservas expresas.

Ledesma explicó a la tripulación qué podían hacer y qué no. Un marinero joven le preguntó por Chile.

—Estuve allí —respondió—. Justamente por eso quiero que cada uno sepa cuál es su orden hoy.

El Golfo no se parecía al sur. El calor, la vigilancia de convoyes y la distancia de casa producían otra forma de cansancio. Ledesma guardaba los partes de cada jornada con la misma precisión con que otros guardaban fotografías. Los barcos argentinos escoltaron y patrullaron durante la operación; no podían convertir su presencia en la historia completa de la guerra. Cuando regresaron, hubo familiares en el puerto y preguntas que no cabían en una ceremonia.

En Córdoba, entretanto, la mesa institucional discutía una reforma constitucional. Una propuesta reducía a cuatro años los mandatos presidenciales. Alfonsín conocía el argumento a favor: renovar más pronto el consentimiento de los votantes y facilitar la alternancia. También conocía el costo de campañas más frecuentes y de gobiernos tentados a gobernar mirando la siguiente elección. Pidió que la regla se leyera junto con los controles y derechos que debían sobrevivir a cualquier ocupante de la Presidencia.

Lucía Barreto se opuso a una fórmula de supervisión que permitía a un órgano controlar sus propias cuentas. Un negociador le recordó que sin esa concesión perderían votos para toda la

reforma. Ella preguntó cuántas veces una cláusula deficiente sería usada antes de una futura corrección. Cedieron en otra materia y conservaron una revisión externa. El acuerdo no salió de una súbita amistad entre adversarios, sino de saber exactamente qué riesgo aceptaban y cuál no.

En 1994, la convención discutía el texto que habría de fortalecer organismos de control, ampliar garantías y fijar mandatos presidenciales de cuatro años. Los periódicos empezaron a hablar de una *Segunda República* antes de que las cláusulas estuvieran aprobadas. A Elena Rivas le pareció un nombre demasiado grande para una Constitución que todavía tendría que ser aplicada por personas falibles. A Lucía le pareció útil si recordaba a los funcionarios que las reglas nuevas podrían invocarse también contra quienes las habían escrito.

El debate acompañaba una campaña presidencial que pocos habían previsto en esos términos. Elisa Carrió ganaba espacio entre quienes reclamaban controles más severos sobre el poder. Alfonsín todavía gobernaba y debía responder por sus propios expedientes. Ninguno de los dos podía saber cuánto exigirían los meses que quedaban hasta la entrega del mando.

Ledesma vio por televisión un debate sobre la reforma después de regresar del Golfo. Un comentarista llamó a la misión «la prueba de madurez internacional» de Argentina. Él apagó el aparato. Había visto a marineros cumplir una tarea difícil bajo un mandato discutido y acotado. Si eso demostraba algo, no era que el país necesitara nuevas ocasiones de mostrar banderas lejos de casa. Era que debía conservar la capacidad de preguntar, antes de enviar una nave, quién había decidido el destino y quién respondería cuando volviera.



Ilustración original del proyecto autoral, creada con asistencia de IA (según declaración del autor).

Capítulo 21 — El atentado

Buenos Aires, 18 de julio de 1994.

Nadia Szapiro llegó a la biblioteca con una llave que no abría la puerta principal. Su compañera ya había levantado la persiana y preparado las mesas. Nadia se había detenido a comprar papel, una tarea tan ordinaria que más tarde recordaría el precio y el cambio recibido con una nitidez cruel.

A las 9:53 la explosión quebró las ventanas de la cuadra. Nadia cayó contra una pared y tardó en comprender que el ruido había venido de la sede de la AMIA. Salió con otros vecinos. En Pasteur había polvo, escombros y personas que gritaban nombres. Antes de pensar en quién había puesto la bomba, pensó en Raquel, que había quedado en el edificio, y en una carpeta de documentos que ambas habían acordado revisar esa mañana. La vergüenza de recordar la carpeta mientras buscaba a su amiga la acompañaría durante años, aunque nadie que la conociera habría visto en ello una falta.

El atentado asesinó a ochenta y cinco personas e hirió a muchas más. Durante las primeras horas, Nadia no tenía una cifra: tenía teléfonos que no respondían, una lista de hospitales y una libreta donde anotó lo que cada familiar le decía para no pedirles que repitieran la historia. Una vecina insistió en que «habían atacado a todos». Nadia sabía que la solidaridad era verdadera y también que el blanco no había sido escogido al azar. Quería que el país acompañara a la comunidad judía sin borrar por qué la habían atacado.

Raúl Alfonsín era el presidente. Recibió los primeros informes en la Casa Rosada y se trasladó al lugar después de consultar con los equipos de rescate para no impedir su trabajo. Pidió que se preservaran restos y testimonios, que la investigación judicial tuviera recursos y que las agencias de seguridad documentaran cada intervención. Sabía que un acto presidencial podía expresar duelo y, al mismo tiempo, contaminar una pesquisa si convertía una hipótesis temprana en sentencia.

En una reunión con ministros y responsables de seguridad, alguien propuso anunciar la autoría probable antes de que terminara el día. Alfonsín preguntó qué se sabía, quién lo había verificado y si un juez podía usarlo. La respuesta no alcanzó. Ordenó comunicar lo comprobado y conservar las hipótesis dentro de la investigación.

Elena Rivas vio las imágenes por televisión. Los escombros la devolvieron a junio de 1955, pero se negó a describir el atentado como una repetición de su propia historia. Llamó a Julián. Su hija Inés, de ocho años, estaba con él y preguntaba por qué alguien habría atacado una institución de la comunidad judía.

—Porque hay gente que decide que otros no tienen derecho a vivir como son —dijo Julián.

Inés quiso saber si Nadia, una amiga de la familia que le prestaba libros, estaba allí. Aún no lo sabían. Elena recordó cuánto daño hacían las respuestas dadas sólo para tranquilizar.

Nadia volvió a casa de madrugada. Habían trasladado a Raquel herida a un hospital; Nadia todavía no sabía si se recuperaría. Un periodista la esperaba cerca de la puerta y quiso que dijera si el país había quedado unido. Nadia no lo culpó por buscar una frase. Le respondió que al día siguiente necesitaba volver al hospital y acompañar a la hermana de Raquel. Si la unidad significaba acompañarlas, habría que comprobarla en los meses siguientes.

Las fuerzas políticas emitieron una declaración común de condena y apoyo a las víctimas. Hubo donantes, vecinos que llevaron comida y personas que ofrecieron habitaciones. Hubo también preguntas incómodas sobre la seguridad previa y sobre el atentado contra la Embajada de Israel de 1992. Nadia las formuló en una reunión de familiares. No quería que la ayuda inmediata sirviera de sustituto de una investigación.

Carrió, entonces candidata en la elección de aquel año, asistió a una convocatoria pública. Habló menos de lo que su equipo esperaba. Escuchó a una mujer pedir acceso a los expedientes y a un hombre reclamar que los servicios de inteligencia no se investigaran a sí mismos. Carrió anotó ambas exigencias. No era presidenta y no podía ordenar una pesquisa; podía prometer que, si asumía, sometería su gestión a esas preguntas. Nadia desconfió de la promesa, como desconfió de todas. Decidió conservarla por escrito.

En los meses siguientes hubo peritajes, solicitudes de cooperación internacional y disputas por el resguardo de pruebas. Algunas líneas apuntaban hacia redes fuera del país; otras examinaban apoyos locales y posibles fallas estatales. El hecho de que una hipótesis fuera grave no la hacía automáticamente demostrada. El Congreso discutió unidades especializadas y controles sobre la inteligencia. La urgencia de prevenir otro ataque presionaba a quienes pedían garantías, y éstos recordaban que una investigación sin reglas podía perder precisamente la verdad que perseguía.

Cada 18 de julio, Nadia volvería a oír una sirena a las 9:53. La primera vez todavía no podía imaginar ese ritual. Tenía la libreta del día del atentado, con números tachados y nombres escritos dos veces. Al llegar a la última página vio el título de la carpeta que debía revisar con Raquel. Lo dejó allí. Quería recordar que su amiga había tenido trabajo, intereses y planes antes de que el país la conociera sólo como una sobreviviente.



Ilustración original del proyecto autoral, creada con asistencia de IA (según declaración del autor).

Capítulo 22 — La presidenta incómoda

Buenos Aires, 10 de diciembre de 1994.

Elisa Carrió recibió de Alfonsín los atributos presidenciales después de que la reforma constitucional se aprobara y de ganar una elección atravesada por el atentado a la AMIA. En el despacho la esperaba un informe sobre la investigación. No era el primero que leía. Era el primero del que debía responder como jefa de gobierno.

Pidió un inventario de documentos en manos de los servicios de inteligencia y un calendario para entregarlos a la autoridad judicial. El responsable del área objetó que algunos habían llegado de agencias extranjeras bajo condiciones de reserva. Carrió le pidió que distinguiera esa obligación de la simple costumbre de no mostrar papeles.

—Si protegemos una fuente, dejemos constancia de quién decidió hacerlo y por cuánto tiempo —dijo.

La instrucción produjo resistencia inmediata. Una parte de los funcionarios temía exponer métodos de investigación; otra parte temía que los expedientes mostraran errores propios. Nadia Szapiro, que participaba en reuniones de familiares, no confundió una auditoría con la verdad. Solicitó acceso a un índice de las piezas, incluso si alguna debía permanecer temporalmente reservada.

—No nos pidan confianza en una caja cerrada —dijo.

Carrió encontró más difícil cumplir esa exigencia que pronunciarla en la oposición. Había información contradictoria, cadenas de custodia incompletas y personas que le aconsejaban escoger cuanto antes una explicación definitiva del atentado. Ella aceptó publicar avances verificables y distinguir hipótesis, imputaciones y decisiones judiciales. La política exterior podía exigir posiciones; la investigación no debía convertirse en un discurso de certeza prestada.

La presidenta revisó también contratos de obras, compras ministeriales y gastos. Algunas auditorías detectaron errores y otras sólo confirmaron que una decisión impopular había seguido el procedimiento. Lucía Barreto, incorporada a un organismo de control después de la reforma, se enfrentó con un ministro que reclamaba corregir internamente una licitación antes de hacer público el informe.

—Si la publica, frenará la obra —dijo él.

—Si sólo publicamos las auditorías que no frenan nada, pronto nadie pedirá una —respondió Lucía.

Carrió sostuvo la publicación. El retraso tuvo un costo: una escuela recibió equipamiento meses después de lo previsto. También permitió rehacer la compra bajo reglas que los proveedores conocían. La presidenta tuvo que explicar ambas consecuencias. La honestidad no era una propiedad de su carácter que resolviera todas las decisiones; era un modo de exponerlas a revisión, incluso cuando la revisión mostraba un error propio.

En 1996 impulsó un programa de conectividad para escuelas y bibliotecas. Nadia pidió una computadora para la suya y descubrió que el presupuesto cubría la máquina, pero no el mantenimiento ni la formación de los bibliotecarios. Inés Rivas, ya adolescente, la ayudó a escribir una solicitud complementaria. Cuando llegó el equipo, aprendieron juntas a usarlo.

—Ahora podremos encontrar cualquier cosa —dijo Inés.

Nadia señaló las carpetas en papel que todavía esperaban clasificación.

—Si sabemos qué buscar y quién dejó constancia.

La modernización económica avanzó con empresas nuevas, industrias que buscaban adaptarse y trabajadores que temían perder saberes antes de poder aprender otros. Sara defendió cursos técnicos en la fábrica de Córdoba y pidió que se dictaran durante horas pagadas. La dirección aceptó una parte. El acuerdo no convirtió a todos en programadores ni eliminó los empleos vulnerables; abrió una transición concreta para quienes estaban allí.

El 11 de septiembre de 2001, Carrió vio las imágenes de los ataques en Estados Unidos y recibió llamadas que reclamaban una respuesta internacional inmediata. Nadia escuchó, en su biblioteca, que algunos políticos invocaban la AMIA para justificar cualquier medida de seguridad. Le escribió a la presidenta: la experiencia de Raquel no le daba al Estado un cheque en blanco. Tampoco le pedía permanecer indiferente ante nuevas víctimas.

El gobierno propuso una participación limitada en la cooperación internacional: personal médico, ingenieros, intercambio judicial y de inteligencia sujeto a controles, y una contribución militar acotada bajo autorización y reporte parlamentario. Hubo desacuerdos sobre cada componente. Carrió aceptó que una comisión revisara su alcance antes del despliegue. Quienes querían una alianza más amplia la llamaron vacilación; quienes rechazaban cualquier participación sostuvieron que el límite sería imposible de mantener. La presidenta no podía resolver esas objeciones diciendo que había conocido el terrorismo en su país. Tenía que mostrar órdenes, controles y plazos.

En 2002, cuando Carrió dejó el cargo, entregó la causa de la AMIA a su sucesor todavía abierta. Nadia había obtenido acceso a documentos antes reservados, pero no una sentencia que respondiera a todas sus preguntas. La presidenta pudo señalar auditorías publicadas y escuelas conectadas; no pudo prometer que la corrupción hubiera desaparecido ni que el atentado estuviera esclarecido.

Inés, que recordaba aquella mañana de 1994 con la memoria incompleta de una niña de ocho años, acompañó a Nadia a la biblioteca. Encendieron una de las computadoras nuevas para ordenar el catálogo, pero Nadia primero sacó de un armario la libreta que había llenado el día de la explosión. Inés le preguntó si pensaba digitalizarla.

—Sí —dijo Nadia—. Y guardar el original. Hay documentos cuya fuerza está también en que alguien los sostuvo cuando aún no sabía qué había pasado.



Ilustración original del proyecto autoral, creada con asistencia de IA (según declaración del autor).

Capítulo 23 — Conectar el siglo

Buenos Aires, 2002.

Mauricio Macri recibió de Elisa Carrió un país con mejores archivos de gobierno y una investigación que seguía sin cerrar. Su equipo llevó a la primera reunión un mapa de ferrocarriles, puertos y redes digitales. Carrió le había entregado también una nota de Nadia Szapiro sobre documentos todavía reservados. Macri la dejó encima de las carpetas de infraestructura para no olvidarla. Meses después descubriría que el orden de los papeles no establecía el orden de las decisiones.

Julián Rivas, ya empleado ferroviario con experiencia de mando, viajó con una comisión técnica para evaluar un nuevo tramo de vía. El proyecto reduciría el tiempo entre dos ciudades y atraería cargas que entonces iban por carretera. También eliminaría una parada utilizada por tres pueblos pequeños. El informe ejecutivo llamaba a esa pérdida *racionalización de frecuencias*.

—Los pasajeros van a llamarla caminar treinta kilómetros —dijo Julián.

La ingeniera de transporte le mostró un cálculo de demanda. Él no disputó los números sin tener otros. Pidió que incluyeran en el costo el viaje adicional hasta la nueva estación y que escucharan a los municipios. En la reunión siguiente apareció una alternativa: un servicio alimentador menos rápido y más caro que el plan original. Macri quería inaugurar la obra dentro del mandato. Su ministro le explicó que una audiencia pública retrasaría la fecha.

—Entonces la fecha estaba calculada sin los pasajeros —respondió el presidente.

El comentario circuló como prueba de su pragmatismo. Julián vio lo que costaba cumplirlo: presupuestos revisados, contratos renegociados y vecinos que seguían sin considerar suficiente la solución.

El gobierno amplió conectividad y obras de transporte mientras surgían empresas de servicios tecnológicos en varias provincias. Inés, hija de Julián, comenzó a estudiar archivística y tecnologías de información. En una visita a una escuela conectada encontró computadoras que funcionaban y otra sala cerrada porque no había personal para mantenerla. Recordó a Nadia y escribió una nota sobre la diferencia entre instalar una red y sostener su uso.

Macri prefería informes con metas verificables. Sus opositores objetaban que algunas metas medían lo que el gobierno podía mostrar, no lo que la gente necesitaba. Los sindicatos cuestionaban cambios de organización laboral y las provincias pedían recursos para mantener infraestructura que sería nacional en la inauguración y local en el desgaste. A veces el presidente respondía con gráficos que iluminaban el problema. Otras veces los usaba para no escuchar una pregunta que no cabía en el gráfico.

En 2008, la crisis financiera internacional redujo demanda y financiación. El gabinete presentó escenarios para sostener empleo e inversión; ninguno prometía inmunidad. Macri decidió demorar proyectos nuevos y proteger la terminación de obras críticas. Un gobernador

lo acusó de haber usado las obras como propaganda para luego abandonar su provincia. El presidente mostró el cronograma. No pudo negar que el calendario anterior había alentado expectativas que ahora no podía satisfacer.

Julián vio en la estación nueva el resultado de esa mezcla. El viaje de la mayoría era más rápido. Una mujer de uno de los pueblos omitidos tenía que levantarse antes para tomar el transporte alimentador. Le dijo que apreciaba el tren y detestaba el modo en que habían decidido dónde se detenía. Julián anotó la queja para la próxima revisión. No podía devolverle la vieja línea; podía impedir que el informe final llamara éxito a una mejora sin contar a quién le costaba.

El Bicentenario de Mayo, en 2010, llenó calles de música y celebraciones. Macri habló de un país capaz de mirar al futuro. Inés acompañó a Elena, ya muy anciana, a una exposición sobre la historia democrática desde 1955. Una pantalla mostraba puentes y fábricas. Elena buscó sin éxito los nombres de las víctimas del bombardeo. Inés dejó una sugerencia en el registro de visitantes. La modernización había aprendido a contar kilómetros de fibra óptica; todavía tenía que aprender a no perder los documentos que daban sentido a esa conversación.

Macri entregó el mando en diciembre de 2010 a Ricardo López Murphy. En la despedida habló de obras terminadas. Julián regresó esa noche en el tren cuya frecuencia había ayudado a revisar. Al pasar por uno de los pueblos, vio subir a la mujer que le había reclamado. Se saludaron. Ella seguía teniendo razón en parte, y la vía seguía llevando gente. Ninguna de esas verdades cancelaba la otra.



Ilustración original del proyecto autoral, creada con asistencia de IA (según declaración del autor).

Capítulo 24 — Habemus Papam

Buenos Aires, 13 de marzo de 2013.

Inés Rivas estaba catalogando documentos cuando Nadia Szapiro llamó desde el mostrador de la biblioteca.

—Hay humo blanco.

Inés dejó sobre la mesa una fotografía de la Plaza de Mayo de 1955. En la sala común ya se habían reunido lectores ante una pantalla pequeña. Una mujer rezaba en voz baja. Un muchacho que había entrado a buscar un libro de programación se quedó porque todos miraban hacia el mismo lugar. Nadia, que no era católica, se sentó a su lado.

Cuando apareció el nombre de Jorge Mario Bergoglio, hubo un silencio breve. Después llegaron exclamaciones y llamadas telefónicas. Francisco, el nuevo papa, era argentino. La mujer que rezaba lloró. El muchacho preguntó qué significaba que fuera el primero de América. Inés explicó lo que sabía y admitió lo que no. A ella le interesaba la emoción de los demás sin sentir obligación de adoptarla.

En la Casa Rosada, Ricardo López Murphy vio las imágenes entre reuniones sobre educación y financiamiento científico. Sus asesores querían preparar una reacción oficial. El Presidente pidió que la declaración reconociera la dimensión del acontecimiento para los católicos y para la proyección internacional de Argentina, sin hablar como si todos los ciudadanos hubieran recibido al mismo guía espiritual.

—No le quitamos alegría a nadie por decir bien a quién representa —dijo.

El texto final fue más breve que el primer borrador. Afuera, las calles tenían bocinas y conversaciones que no esperaban una formulación presidencial para existir.

Durante el mandato de López Murphy se habían ampliado programas universitarios y proyectos de investigación. Clara Villalba, retirada de la fábrica, participaba en un consejo que evaluaba becas técnicas. Le preocupaba que los anuncios de expansión midieran cupos sin seguir a quienes abandonaban por falta de dinero o transporte. Inés la entrevistó para un archivo oral y le preguntó si el entusiasmo por un argentino en Roma ayudaría a mirar de otro modo a los jóvenes de provincias que buscaban estudiar.

—Puede abrir una conversación —respondió Clara—. La beca y el pasaje habrá que pagarlos igual.

El comentario no disminuía la noticia. La situaba en un país con más de una forma de esperanza.

Meses después, López Murphy viajó al Vaticano. La reunión con Francisco fue pública en sus gestos y privada en buena parte de su conversación. Los periodistas fabricaron una oposición cómoda entre el economista de números y el religioso de personas. Inés había leído suficientes expedientes para desconfiar de pares tan perfectos. Un presupuesto podía decidir

si una persona recibía cuidados; una convicción moral no indicaba por sí sola cómo financiar una escuela.

Nadia guardó en la biblioteca diarios de aquella semana junto a otros que documentaban acontecimientos religiosos, políticos y culturales. Un lector quiso saber por qué la elección de un papa ocupaba tanto espacio en una institución pública.

—Porque cambió la vida de mucha gente —respondió—. Y porque conservarlo no exige que pensemos todos igual.

Inés puso una referencia cruzada entre el archivo de 2013 y la colección sobre la historia de la Iglesia en Argentina. Encontró también documentos sobre sus conflictos con el Estado y sobre la participación de católicos en la defensa de derechos. No quiso convertir una institución, ni a un hombre, en una biografía sin desacuerdos.

En 2014, cuando López Murphy entregó el mando, algunos comentaristas resumieron su gestión como una etapa tranquila bajo la sombra de Francisco. Inés pensó en las becas discutidas por Clara, en una escuela donde faltaba transporte y en los lectores que seguían entrando a la biblioteca. La elección del papa había sido una noticia extraordinaria. La vida pública de esos años también estaba en decisiones pequeñas que no saldrían en una fotografía tomada en Roma.



Ilustración original del proyecto autoral, creada con asistencia de IA (según declaración del autor).

Capítulo 25 — Entre el dragón y el águila

Buenos Aires, 2014–2018.

Sergio Massa recibió una propuesta de financiamiento para ampliar un corredor ferroviario hacia el Pacífico. El consorcio chino ofrecía crédito, maquinaria y una fecha de terminación que los gobernadores repitieron antes de leer las condiciones. En otra carpeta, una delegación estadounidense planteaba cooperación tecnológica para modernizar el control de cargas y la investigación aplicada. El gabinete celebró la posibilidad de aceptar ambas ofertas.

La gobernadora de una provincia atravesada por la obra pidió la palabra.

—¿Quién paga el mantenimiento cuando se vayan todos los que cortan la cinta?

No era una objeción geopolítica. Era un presupuesto que el proyecto había dejado en blanco. Los técnicos calcularon personal, repuestos y caminos secundarios. La cifra alteró el reparto entre Nación y provincias. Massa pidió una nueva mesa con gobernadores y trabajadores ferroviarios. Un asesor le advirtió que la demora podía hacer perder el préstamo.

—Entonces necesito saber cuánto cuesta decidir rápido —respondió.

Durante años el gobierno buscó acuerdos comerciales con China, cooperación científica con Estados Unidos y proyectos de energía con socios europeos. Massa decía que Argentina no tenía por qué elegir un único amigo. Sus críticos le exigían precisar qué haría cuando dos acuerdos impusieran condiciones incompatibles. La pregunta dejó de ser retórica cuando un proveedor quiso controlar los datos del sistema ferroviario financiado por una potencia y otro socio exigió acceso para instalar el sistema de seguridad.

Inés Rivas, que trabajaba en gestión documental, integró una comisión sobre los datos de transporte. Le interesaba menos el origen nacional de cada programa que la posibilidad de auditarlo y migrar la información si el contrato terminaba. El representante de una empresa le aseguró que el sistema era seguro; no podía mostrarle el código ni el procedimiento de exportación de los registros.

—Entonces no me está ofreciendo seguridad —dijo—. Me está pidiendo fe.

La comisión recomendó estándares abiertos para los datos públicos, pruebas independientes y plazos de revisión. La propuesta encareció la contratación. Massa la aceptó para el primer tramo, aunque otro ministerio intentó exceptuar una red energética alegando urgencia. Inés aprendió que la política de no depender de nadie podía fracasar en una cláusula técnica mucho antes de aparecer en un discurso.

Clara Villalba visitó una fábrica que comenzaba a exportar componentes para equipos de energía. Los directivos celebraban los nuevos mercados; Sara, cercana al retiro, le mostró un sector donde el trabajo se había automatizado sin ofrecer formación a la mitad de los operarios. El acuerdo comercial abría demanda, pero la distribución de sus beneficios dependía de decisiones dentro de la planta.

—No puedo reclamar que cierren el mercado —dijo Sara—. Puedo reclamar que no me digan que todos ganamos lo mismo.

La crisis entre grandes potencias se intensificó hacia el final del mandato. Massa recibió presiones para alinearse en cuestiones comerciales y tecnológicas que tocaban contratos ya firmados. Reunió a los ministros responsables y les pidió que describieran qué podría perder Argentina si aceptaba cada exigencia. Algunos costos eran visibles: financiación, exportaciones, acceso a laboratorios. Otros estaban en una dependencia futura difícil de medir.

La gobernadora regresó con un anexo de mantenimiento para el corredor. Había obtenido una parte del presupuesto y seguía disputando otra. Se negó a asistir a una presentación que anunciara la obra como concluida antes de que funcionaran los servicios locales. Massa consideró su ausencia una provocación y después reconoció que la ceremonia, por sí sola, no podía obligarla a pagar lo que no había acordado.

En diciembre de 2018 entregó el mando a Julio Cobos. El corredor tenía tramos terminados y otros en construcción; las empresas tecnológicas argentinas exportaban servicios y discutían cómo proteger trabajadores y datos; los vínculos con China y Estados Unidos seguían abiertos, pero ninguno era gratuito. Inés archivó los contratos con sus anexos. Sabía que un futuro gobierno tal vez citara sólo la cifra de inversión. Quiso que también encontrara la cláusula donde se veía quién debía conservar la vía cuando el tren empezara a pasar.



Ilustración original del proyecto autoral, creada con asistencia de IA (según declaración del autor).

Capítulo 26 — El año en que el mundo se detuvo

Buenos Aires, 2020.

Inés Rivas había reducido sus horas en el archivo para enseñar historia en una escuela pública. El primer día que debió preparar una clase sin alumnos en el aula buscó en los registros del programa de conectividad de 1996. Encontró un listado de equipos entregados. La mitad había sido reemplazada y la otra mitad ya no tenía soporte. Ninguna columna indicaba si cada estudiante disponía de un lugar tranquilo para escucharla.

Llamó a una familia que no había respondido las tareas. La madre compartía un teléfono con tres hijos y trabajaba fuera de casa. Inés dejó de enviar archivos largos y comenzó a preparar ejercicios que pudieran leerse sin conexión. Aun así, algunos alumnos desaparecían de la pantalla durante semanas. No sabía si estaban enfermos, cansados o cuidando a alguien.

Julio Cobos, presidente desde diciembre de 2018, reunió equipos de salud, gobernadores y especialistas cuando la COVID-19 se expandió. Cada recomendación venía acompañada de límites: el conocimiento cambiaba, las capacidades sanitarias diferían entre provincias y cerrar una actividad protegía a unas personas mientras privaba a otras de ingresos o cuidados. Cobos pedía que los informes explicaran qué se sabía y qué aún se suponía. En la televisión, ese hábito sonaba a indecisión. En la mesa de gobierno, era la única forma de corregir una medida sin fingir que la información nueva había estado disponible desde el principio.

Se suspendieron eventos, se establecieron controles y hubo restricciones temporales. El sistema de salud organizó atención en hospitales públicos y privados. Las aulas cerraron durante períodos que no afectaron por igual a todos los barrios. Inés defendía medidas para reducir contagios y, al mismo tiempo, registraba pérdidas educativas que no podían despacharse como molestias menores.

Elena, muy mayor, vivía cerca de Julián. Él le dejaba compras en la puerta y hablaban por teléfono aunque podían verse a través del vidrio. Una tarde ella le preguntó por qué seguía usando guantes para acomodar las bolsas. Julián dijo que así se sentía más útil. Elena respondió que podía ser útil llamando a Inés, que estaba agotada.

Inés recibió esa llamada después de intentar por cuarta vez contactar a un alumno. Julián quiso darle una solución: más dispositivos, más plataformas, una línea telefónica escolar. Ella aceptó que podían ayudar y le pidió otra cosa: que escuchara cuánto tiempo llevaba sin saber si el chico comía bien.

En la Casa Rosada, Cobos recibió pedidos opuestos de apertura inmediata y de cierre prolongado. Su equipo elaboró umbrales sanitarios y revisiones periódicas. Había decisiones que el gobierno podía justificar con datos y otras que exigían reconocer una preferencia política entre costos difíciles de comparar. En una conferencia, Cobos distinguió ambas. Sus

adversarios encontraron motivos reales para criticar medidas concretas; sus partidarios tuvieron que admitir que ningún indicador convertía a una familia en un promedio.

Nadia mantuvo la biblioteca cerrada al público durante un tiempo y organizó préstamos a distancia con voluntarios. A Inés le prestó libros para una clase sobre epidemias del pasado. No quiso que los alumnos terminaran el ejercicio con una moraleja sobre la superioridad de su época. En 2020, las personas contaban con ciencia y comunicaciones que sus antepasados no tuvieron; también podían ignorar a un vecino cuya conexión se cortaba a tres calles de una escuela conectada.

Cuando llegaron vacunas y comenzó la campaña de inmunización, Inés acompañó a Elena a un centro de salud. La enfermera explicó el procedimiento y respondió preguntas sin burlarse de ninguna. Elena le contó que también había sido enfermera. La mujer le pidió entonces que se sentara y la dejara hacer su trabajo. Elena obedeció con una sonrisa que Inés no le había visto en meses.

El regreso a las aulas no devolvió de inmediato los hábitos ni los aprendizajes perdidos. Inés encontró alumnos que necesitaban hablar antes de abrir un libro y otros que preferían no hablar de lo que habían vivido. Con un colega preparó una evaluación que servía para decidir qué enseñar, no para castigar la distancia recorrida por cada familia durante el cierre.

En 2022, Cobos terminó su mandato. Había hospitales que seguían recuperando personal, negocios que no habían vuelto a abrir y familias con ausencias que ningún discurso podía convertir en fortaleza colectiva. Inés guardó los planes de clase de 2020 junto a una lista de llamadas hechas a alumnos. No era un informe de victoria. Era la prueba de que, aun cuando el mundo parecía detenido, muchas personas habían trabajado para que otras pudieran regresar a él.



Ilustración original del proyecto autoral, creada con asistencia de IA (según declaración del autor).

Capítulo 27 — La República digital

Buenos Aires, diciembre de 2022.

Horacio Rodríguez Larreta había asumido ocho días antes de la final del Mundial. Su gabinete preparaba un plan de digitalización del Estado; las mesas de trabajo se interrumpían para preguntar dónde se vería el partido. El presidente entendía que el fútbol no necesitaba una política pública para convocar a millones. También sabía que una victoria sería recordada más fácilmente que cualquier reforma que firmara en su primera semana.

Inés Rivas vio la final de Qatar con Julián y Nadia. La pandemia seguía presente en sus conversaciones y en ausencias recientes, aunque el país hubiera recuperado encuentros multitudinarios. Messi levantó la Copa después de una definición por penales que los había hecho pasar de la certeza al temor varias veces. Julián gritó con una energía que Inés no le conocía. Nadia sonrió sin dejar de apretar una servilleta entre las manos.

Salieron a la calle. Un chico había pintado una tercera estrella en una cartulina. Una vecina abrazó a Inés y después le pidió disculpas, como si la alegría necesitara todavía reaprender el contacto. Inés pensó que ésa era una razón suficiente para celebrar. No quiso convertir el triunfo en una prueba de que todos los problemas nacionales estaban resueltos.

Meses después volvió a su trabajo en el archivo. El gobierno proponía clasificar documentos con herramientas de inteligencia artificial y acelerar trámites mediante decisiones automatizadas. Inés pidió participar en la prueba. Una herramienta etiquetó como «conflicto externo» tanto el expediente de la guerra del Beagle como una nota escolar sobre un viaje a Chile. Otra confundió nombres parecidos en registros de víctimas.

—Los errores se pueden corregir —dijo el proveedor.

—Si sabemos a quién perjudicaron y quién tiene derecho a pedir la corrección —respondió Inés.

El equipo estableció revisión humana para decisiones que afectaran derechos, registro de cambios y un canal accesible para reclamar. El sistema tardó más en desplegarse. Un funcionario acusó a Inés de bloquear el futuro. Ella le mostró dos registros de personas distintas que la herramienta había reunido bajo una sola identidad. En el archivo, la velocidad podía borrar a alguien con una eficacia que ningún burócrata había tenido antes.

Larreta insistía en ampliar el uso de tecnología en salud, educación y transporte. Las universidades abrieron cursos nuevos; las empresas buscaban personal capaz de desarrollar y evaluar sistemas. Sara, retirada de la fábrica, habló en una clase sobre cómo una máquina puede mejorar la seguridad de un trabajo y a la vez eliminar el puesto de quien no recibe formación para otra tarea. Los estudiantes esperaban que eligiera entre entusiasmo y miedo. Ella les pidió que calcularan quién tomaba las decisiones y quién pagaba la transición.

En 2024 comenzaron a organizarse fuerzas nuevas para las elecciones futuras. Larreta buscaba continuar su proyecto. Sus críticos afirmaban que la digitalización concentraba

información en el Ejecutivo; sus aliados sostenían que los viejos procedimientos castigaban sobre todo a quienes no podían perder una mañana en una oficina. Inés encontraba verdad en ambas observaciones. Pidió que cada nuevo trámite conservara una vía presencial razonable y que los datos se protegieran con reglas públicas.

Julián guardó una fotografía de la celebración de Qatar junto a los recortes del Mundial de 1986. Inés le preguntó si la tercera estrella era más importante que el trabajo del archivo.

—Ese día fue más feliz —dijo él—. No son la misma medida.

Al terminar 2025, el gobierno exhibió reducciones en tiempos de algunos trámites. Inés presentó también el número de correcciones solicitadas por ciudadanos. Le dijeron que esa cifra estropeaba la presentación. Ella respondió que era la prueba de que el procedimiento podía escuchar cuando se equivocaba.

En una pared de su barrio seguía el mural de Messi con la Copa. Abajo alguien había pegado un aviso de cursos de formación digital. Inés se detuvo a leer los horarios. Uno coincidía con el turno de trabajo de la mayoría de sus vecinos. Sacó una fotografía para enviarla a la comisión que preparaba el programa siguiente. El país podía recordar una tarde de felicidad compartida y, al mismo tiempo, seguir preguntándose quién tenía tiempo para aprender el futuro que sus gobernantes anunciaban.



Ilustración original del proyecto autoral, creada con asistencia de IA (según declaración del autor).

Capítulo 28 — La elección del futuro

Argentina, 2026.

Inés Rivas se negó a elegir una consigna para explicar su voto. Había escuchado a Horacio Rodríguez Larreta defender la continuidad de la modernización estatal y a Federico Álvarez, gobernador patagónico, prometer un equilibrio distinto entre provincias y gobierno central. Nicolás del Caño cuestionaba la distribución de los beneficios económicos; Javier Milei impugnaba el tamaño del Estado; otras fuerzas federales exigían que los planes nacionales empezaran por sus territorios. Las diferencias eran bastante grandes para que la elección importara.

En un debate, Álvarez propuso revisar la financiación de infraestructura y la protección de datos públicos. Larreta respondió que cambiar de administración podía detener proyectos que aún necesitaban años. Inés quería oír de ambos qué ocurriría con un registro mal corregido o con una vía ferroviaria que funcionaba para una ciudad y alejaba a otra. Cuando una periodista preguntó quién respondería por los expedientes que se perdieran en una migración de datos, Álvarez habló de auditorías provinciales y Larreta de continuidad operativa. Ninguno dijo cuánto tiempo tendría que esperar la persona cuyo nombre faltaba. Inés apagó el debate antes de los saludos finales y volvió a encenderlo: quería estar segura de que no había dejado de escuchar la respuesta.

Nadia había envejecido sin abandonar las reuniones de familiares de la AMIA. Le molestaba que todos los partidos prometieran justicia en una sola frase. Pidió a Inés que comparara sus propuestas sobre archivos, cooperación judicial y control de inteligencia. Al hacerlo, encontraron un programa con una fecha de publicación de documentos y otro que repetía una intención sin procedimiento. No supieron si la primera promesa se cumpliría. Al menos podían exigir cuentas sobre ella.

Julián votaría distinto de Inés. Se lo dijeron sin discutirlo. Desde el Beagle, él desconfiaba de quienes hacían de la soberanía una imagen sin costos. Su hija desconfiaba de quienes llamaban eficiencia a un sistema que no permitía apelar. Los dos creían estar defendiendo algo que el otro también valoraba.

En la escuela electoral, Inés recordó la vez que Elena se había negado a revelar su voto en 1974. Su abuela ya había muerto. Le había dejado una carpeta de documentos y ninguna instrucción sobre el partido que debía elegir. Inés la había consultado para preparar clases sobre el bombardeo, los juicios y la guerra. Los papeles no ofrecían una línea recta de progreso. Mostraban decisiones disputadas y nombres que podían perderse si nadie volvía a leerlos. Dentro del cuarto oscuro sostuvo la boleta un momento más de lo necesario. Pensó en Julián, que votaría distinto, y le sorprendió que el desacuerdo no la hiciera sentirse menos acompañada.

Los resultados empezaron a conocerse esa noche. En la biblioteca de Nadia, el televisor mostraba porcentajes que cambiaban cada vez que se incorporaba otra provincia. Julián quiso

bajar el volumen. Nadia se lo impidió: los números no le interesaban menos porque fueran provisionales. Inés recibió un mensaje de una colega del archivo que temía por su puesto; escribió una respuesta, la borró y prometió llamarla al día siguiente. Ni siquiera sabían quién había ganado y ya había personas imaginando las consecuencias en su mesa de trabajo.

Cuando el recuento permitió ordenar las posiciones, Álvarez quedó primero; Larreta, segundo; Del Caño ocupó el tercer lugar. Las fuerzas provinciales reunieron una representación significativa. El movimiento libertario de Milei obtuvo una porción menor, suficiente para llevar su crítica al Congreso. Nadia dejó el lápiz con el que había anotado cifras. Julián no celebró; le preguntó a Inés si había escuchado la propuesta del ganador sobre los archivos. Ella contestó que sí y que precisamente por eso iba a conservar la grabación. Ninguna de aquellas posiciones convertía a los votantes de los demás en invitados tolerados por el ganador.

Larreta llamó a Álvarez y ofreció la información necesaria para la transición. En las oficinas del archivo, Inés preparó un inventario de sistemas, contratos y expedientes que el gobierno entrante debía recibir. Quiso que incluyera fallas conocidas, no sólo proyectos listos para una fotografía. Un superior le pidió una versión más breve. Ella hizo un resumen y conservó los anexos accesibles.

Federico Álvarez llegó a Buenos Aires días después para reunirse con los equipos salientes. Había construido su campaña desde Patagonia y hablaba de la distancia entre una política diseñada en la capital y su ejecución a miles de kilómetros. Un periodista lo presentó como el hombre que por fin cerraría las divisiones históricas de la República. Álvarez respondió que esperaba abrir una mesa de trabajo, no clausurar el desacuerdo. Inés vio la entrevista sin saber aún si la frase sobreviviría al primer presupuesto.

El día del traspaso, Nadia prefirió quedarse en la biblioteca. Julián fue a verla con una fotografía de Elena en 1955, tomada antes del bombardeo. No era una imagen de la plaza, sino de una reunión familiar. Nadia la sostuvo por los bordes.

—Todos quieren empezar el relato con la explosión —dijo.

—Ella ya tenía una vida —respondió Julián.

Inés llegó después de la ceremonia. Había escuchado a Álvarez aceptar que recibía una República imperfecta y comprometerse a mejorarla sin prometer que una elección resolvería todas sus deudas. Le contó a Nadia que en la oficina seguirían trabajando al día siguiente bajo nuevas autoridades.

—Entonces dejales una lista de lo que falta —dijo Nadia.

Inés pensó en los programas de inteligencia artificial, en las vías que todavía requerían mantenimiento y en los expedientes de personas que esperaban una respuesta. La elección había decidido quién gobernaría. Lo que el nuevo gobierno hiciera con esas listas decidiría si la continuidad significaba algo más que una ceremonia bien cumplida.



Ilustración original del proyecto autoral, creada con asistencia de IA (según declaración del autor).

Capítulo 29 — La República de Septiembre

Buenos Aires, 2026.

La mañana después del traspaso presidencial, Inés Rivas encontró un sobre sin número de entrada en la oficina del archivo. Contenía copias de tres cartas de una familia chilena que buscaba confirmar dónde había muerto un soldado en enero de 1979. Los pedidos anteriores llevaban sellos de dos administraciones distintas. Ninguno contenía una respuesta definitiva.

Inés comprobó que una de las fechas había sido transcrita mal en la base de datos. El sistema nuevo había reunido dos expedientes porque sus apellidos se parecían. La corrección parecía sencilla hasta que descubrió que ambos habían sido citados en informes posteriores. Debía separar las personas y dejar una explicación visible, para que nadie volviera a convertir el error en un dato.

En la escuela donde seguía enseñando algunas horas, sus alumnos preparaban una exposición sobre los setenta y un años transcurridos desde septiembre de 1955. Habían reunido fotografías de fábricas, elecciones, la guerra del Beagle, la AMIA, los Mundiales y la pandemia. Un grupo tituló su panel *Tres ataques contra la República*: el bombardeo, la guerra, el terrorismo. Inés les preguntó si una guerra entre Estados y un atentado contra una comunidad eran la misma clase de hecho.

—No —respondió un alumno—. Pero los pusieron juntos en el libro.

—Entonces expliquen por qué, o discutan esa clasificación.

Los estudiantes dividieron el panel. Algunos querían conservar el título porque era conocido; otros temían que borrara el antisemitismo del ataque a la AMIA o la responsabilidad política de los gobiernos durante el Beagle. Nadia vino a clase y les contó cómo había sonado la calle de Pasteur aquella mañana. No les pidió que aceptaran una interpretación completa de la historia. Les pidió que no llamaran metáfora a las personas.

Julián llevó una carta escrita a bordo durante la guerra. La había encontrado en la caja de recortes de fútbol y documentos familiares. No describía una batalla importante: decía que tenía frío, que un compañero estaba herido y que esperaba que llegara una conversación. Un alumno preguntó si estaba orgulloso de haber servido.

—Estoy orgulloso de algunos hombres con los que estuve —respondió—. Y todavía tengo preguntas sobre las decisiones que nos llevaron allí.

Inés vio que la clase soportaba una respuesta sin cierre. Le pareció un aprendizaje menos vistoso que recitar una lista de presidentes.

En el archivo, la nueva administración pidió un informe de expedientes pendientes. Había solicitudes sobre contratos de obras, decisiones sanitarias de la pandemia, datos corregidos por sistemas automáticos y personas que aún reclamaban documentos sobre la AMIA. Un funcionario sugirió priorizar los casos que pudieran resolverse durante los primeros cien días. Inés respondió que podía organizar el trabajo por urgencia y antigüedad, pero no excluir a

quienes llevaran demasiado tiempo esperando como si la demora los volviera menos importantes.

La llamada de la familia chilena llegó por la tarde. Inés no había encontrado la respuesta final. Les explicó qué documentos sí existían, cuál tenía una fecha equivocada y qué organismo debía verificar el lugar de muerte. Les dio un número de seguimiento que esta vez quedó registrado en ambos países. Al colgar, le pareció poco. Luego recordó las cartas sin contestar y volvió a revisar que el número abriera el expediente correcto.

Álvarez, recién llegado a la Presidencia, recibió en paralelo informes sobre el mismo pasado. Había prometido respetar lo construido y corregir sus fallas. La frase era fácil de pronunciar ante una multitud; empezaba a tener contenido cuando el gobierno debía financiar un archivo, permitir que una auditoría contradijera una obra propia o sostener una mesa con Chile que no diera rédito electoral. Inés no conocía aún qué elegiría el presidente. Había aprendido a no concederle por anticipado la virtud de sus promesas ni negarle la posibilidad de cumplirlas.

Al salir del trabajo pasó por la plaza. La Casa Rosada seguía allí, reconstruida y discutida desde el bombardeo. La gente cruzaba sin detenerse a pensar en todas las fechas asociadas al edificio. Dos empleados conversaban sobre su sueldo; una mujer llevaba de la mano a una niña; un vendedor discutía con un cliente. Inés recordó que Elena había visto una bolsa de naranjas abrirse en esa zona bajo la primera explosión. En el archivo conservaba su citación de 1955 y el registro donde había corregido el apellido de una víctima. Ninguno de esos papeles decía cómo votar en 2026.

En la exposición escolar, los alumnos habían dejado una mesa vacía para que los visitantes escribieran preguntas. La primera decía si una república podía considerarse fuerte cuando había familias que seguían esperando una respuesta. La segunda preguntaba quién decidía qué se recordaba en los manuales. Inés no añadió una respuesta maestra. Dejó copias de fuentes, señaló sus contradicciones y escribió dónde encontrar los originales.

Esa noche recibió un mensaje de la familia chilena. Habían podido abrir el expediente compartido. Agradecían la corrección y pedían que no se cerrara la búsqueda. Inés contestó que seguiría en trámite bajo la nueva administración. No era una victoria definitiva. Era una obligación que había pasado de unas manos a otras sin desaparecer.

Antes de apagar la luz, guardó la carta de Julián junto a la fotografía de Elena y a una copia de la libreta de Nadia. Los tres documentos habían sobrevivido a gobiernos, cambios de tecnología y relatos que pretendieron dar por terminadas sus preguntas. Afuera circuló el último tren. Al día siguiente habría clases, expedientes nuevos y decisiones del presidente que merecerían apoyo o crítica. La República de Septiembre continuaba allí, no como una respuesta que dispensara a sus ciudadanos de pensar, sino como el espacio en que todavía podían pedir, discutir y corregir una respuesta.

Epílogo

El 16 de junio de 1955, Buenos Aires fue bombardeada. Ese hecho pertenece a la historia. Esta novela imagina otra respuesta al levantamiento de septiembre: la rebelión fracasa y, desde entonces, la Argentina sigue un camino que no recorrió. La distinción importa. Una ucronía puede dar forma a una posibilidad; no debe vestirla con la autoridad de un documento que nunca existió.

En estas páginas la continuidad democrática no impidió ejecuciones discutibles, una ley de seguridad susceptible de abuso, una guerra entre vecinos, corrupción, terrorismo ni desigualdades nuevas. Tampoco absolvió de errores a los dirigentes que aceptaron entregar el poder. La permanencia de las instituciones tuvo valor porque permitió que las decisiones fueran disputadas y revisadas por personas que no compartían una misma idea del país.

La historia real no ofrece una segunda prueba de laboratorio. Nadie puede demostrar que la Argentina habría vivido los hechos aquí narrados si el golpe de 1955 hubiese fracasado. Lo que sí puede examinarse es la tentación de explicar un siglo mediante un salvador, una sola fecha o una secuencia inevitable. Los documentos de nuestra historia muestran decisiones tomadas por personas concretas; la ficción pregunta qué otras decisiones habrían sido posibles y a quiénes habrían afectado.

La República de Septiembre termina con un expediente abierto. No es una promesa de que el futuro será mejor por sí solo. Es una forma de reconocer que una comunidad política dura mientras deja a sus miembros la posibilidad de pedir razones, conservar pruebas, corregir errores y seguir discutiendo sin renunciar a vivir juntos.

Historia, ficción y fuentes

El bombardeo de Plaza de Mayo ocurrió el 16 de junio de 1955. El golpe de septiembre triunfó en la historia real; su fracaso en estas páginas es la bifurcación ficticia.

La guerra argentino chilena de 1978–1979 y la paz de Punta Arenas son ficticias. El tratado real entre ambos países fue celebrado en el Vaticano el 29 de noviembre de 1984.

El atentado a la AMIA ocurrió el 18 de julio de 1994 a las 9:53 y causó 85 muertes. En esta novela, Alfonsín responde como presidente y Carrió continúa la investigación al asumir en diciembre; esa secuencia de gobiernos es ficción.

La elección de Francisco en 2013, los títulos mundiales argentinos de 1986 y 2022 y la pandemia de COVID-19 son acontecimientos reales. Las escenas privadas, las decisiones gubernamentales y los resultados atribuidos a la línea alternativa son imaginados.

Fuentes de contraste: Archivo Nacional de la Memoria (argentina.gob.ar/node/261547); Ley 23.172 (argentina.gob.ar/normativa/nacional/ley-23172-26322/texto); Constitución Nacional (argentina.gob.ar/normativa/nacional/804/texto); Ministerio de Cultura, AMIA (argentina.gob.ar/noticias/29-anos-del-atentado-la-amia); Santa Sede, biografía de Francisco; FIFA, campeones de 1986 y 2022; OMS y UNESCO, COVID-19 y educación. Referencias completas y enlaces en FUENTES_Y_FRONTERA_HISTORIA_FICCION.md.

Fe de erratas de la contratapa original

La contratapa original se conserva íntegra como parte de la identidad visual de esta obra. Las siguientes precisiones aclaran tres discrepancias entre su texto y la narración:

- La frase «Del Beagle a Malvinas» no describe la trama de esta edición: se narra la guerra ficticia del Beagle, pero no una guerra de Malvinas.
- El recuadro «Argentina y Chile firman la paz. Punta Arenas, 21 de noviembre de 1983» difiere del capítulo 15: el Acuerdo de Punta Arenas se firma en la ficción el 18 de enero de 1979.
- La mención «Elecciones 2024» no corresponde a la elección final del capítulo 28, situada en 2026. En 2024 comienza la organización de fuerzas para esa elección.

Estas aclaraciones no alteran la ilustración ni los hechos narrados.

LA REPÚBLICA DE SEPTIEMBRE



UNA HISTORIA ALTERNATIVA DE LA ARGENTINA

1955 - 2026

¿Y SI EL GOLPE DE 1955 HUBIERA FRACASADO?

Esta es la historia de una Argentina que, en lugar de romperse, eligió otro camino: el de la continuidad institucional, el diálogo entre los sectores y la construcción de un proyecto nacional.

Desde aquel junio sangriento hasta el 2026, este libro recorre guerras, elecciones, acuerdos, tragedias, transformaciones y sueños.

Una nación que enfrentó a sus enemigos, pero también a sí misma. Que erró, que corrigió, que cayó, que se levantó. Y que, sobre todo, nunca dejó de ser argentina.



1955 — EL GOLPE QUE NUNCA TRIUNFÓ

El pueblo y las instituciones defendieron la democracia y la historia tomó otro rumbo.



GUERRAS Y SOBERANÍA

Del Beagle a Malvinas: la defensa de la patria con unidad nacional.



DESARROLLO Y TRABAJO

Industrialización, ciencia, educación y un país que apostó a su gente.



DEMOCRACIA QUE MADURA

Debates, consensos y alternancia en paz durante siete décadas.



LUZ EN LOS MOMENTOS MÁS OSCUROS

El atentado a la AMIA, las crisis económicas, la corrupción y la pandemia.



EL FUTURO ES NUESTRA ELECCIÓN

Elecciones 2024 y un país que elige seguir construyendo su destino.



“ La historia la escriben los pueblos cuando eligen no destruirse. ”